

*El
cario*

G

712

DE

Claudio de la Torre

COLECCION TEATRO

Nº 475 (EXTRA)

A José Miguel Alzola,
con el muy sincero afecto de
Chamorro del Aue.

Sept. 1965

EL CERCO

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

20. (Extra.) *En el camino negro y El collar.*
32. *La cortesana.*
81. *Quiero ver al doctor.* (En colaboración con Mercedes Ballesteros.)
132. *El río que nace en junio.*
217. *La caña de pescar.*
239. *La loca de la casa,* de Benito Pérez Galdós. (Refundición.)
305. (Extra.) *El hombre de mundo,* de Ventura de la Vega. (Refundición.)
380. (Extra.) *Los guanches de Tenerife o La conquista de Canarias,* de Lope de Vega. (Versión libre.)

EL CERCO

TRAGEDIA EN DOS PARTES, CADA UNA DIVIDIDA
EN DOS CUADROS, ORIGINAL
CLAUDIO DE LA TORRE

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

EDICIONES
ALFIL

Premio Nacional del Teatro



777762+

COLECCION
TEATRO



© 1965, by CLAUDIO DE LA TORRE.—Editado por ESCELICER, S. A. Héroés del Diez de Agosto, 6. Madrid.—Reservados todos los derechos.—Los representantes de la Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

Depósito legal: M. 12.814-1965. Número Registro: 6.138-65

TALLERES GRÁFICOS ESCELICER, S. A. — CANARIAS, 38. MADRID

AUTOCRÍTICA

En uno de los valles más hermosos de la región pirenaica viven aún, entregados al fin a una vida laboriosa en paz, los restos de unas gentes, tenidas en tiempo por malditas, que fueron tenazmente perseguidas durante muchos siglos.

A ellas se refieren las notas que en otro lugar se publican. Se ha querido con estas notas ofrecer un punto de referencia al espectador, dado el carácter semi-histórico de la obra. Y digo semi-histórico porque pienso que el teatro —al menos el teatro que en este caso me interesa— no puede limitarse a un hecho histórico si no va acompañado de una intención crítica.

Así, la anécdota teatral de El Cerco —el dolor y la muerte que acechan a todas horas frente a la esperanza de un futuro mejor, si sabemos sacrificarnos por salvarlo— es pura invención dramática, de la que sólo el autor es responsable.

La obra se apoya sobre el diálogo, porque fueron múltiples las razones que se han esgrimido en todo tiempo para justificar las persecuciones. Se diría que desde que el hombre apareció sobre la Tierra ha sentido como una inclinación natural a perseguir a sus semejantes. Nuestros sesenta años de siglo nos dan un amplio muestrario. Diferencias de ideas, de color, de creencias o de costumbres nos siguen separando.

Detrás de las palabras de los hombres, como detrás del diálogo de El Cerco, está el dolor humano, oculto y vivo.

Agradezco a José Luis Alonso, nuestro joven y gran director del María Guerrero, así como a la Dirección General de Teatro, no sólo su acogida a mi obra, sino la hospitalidad que me han brindado para dirigirla en la ausencia forzosa del primero.

C. DE LA T.

NOTAS SOBRE LOS AGOTES

“¿Quiénes son estos desgraciados, a los que se obligaba a vivir al margen de la sociedad, a los que se concedía el único privilegio de hacer ataúdes o de construir horcas para la ejecución de los criminales?”

Doctor CABANÉS

(“Moeurs intimes du passé.”)

“Los agotes, llamados también *cristiaas...*, *agotack...* son individuos considerados como parias y aun como raza maldita, que habitan desde hace siglos distintos lugares del sur de Francia y el norte de España.”

... ..

“Vivían apartados. Para asistir a la parroquia tenían una puerta aparte para entrar en ella y una pila de agua bendita de la que tomaban el agua con un bastoncillo. Tenían asimismo, aparte, las fuentes del valle.”

... ..

“Era tan la aversión que se les tenía, que no se les permitía sentarse en los bancos de la iglesia a esperar el comienzo de la misa; habían de llevar una pata de pato en

pañó rojo cosido sobre la espalda y se les enterraba en sitio apartado.”

.....

“Según Michel, se les consideraba por el pueblo como hechiceros, magos...”

.....

“Se ha querido justificar esta actitud para los agotes por considerarlos leprosos; de ahí el nombre de *gafos* (mano en garra) que les dan algunos autores.”

.....

“Landizábal da a los agotes un origen semítico. No son leprosos. No tienen más delito que descender muy a la larga de moros y judíos. Cuenta que en el año 1460 los Estados de Bearne pidan judicialmente a Gastón de Bearne, príncipe de Navarra, que por la salud pública prohibiese a los agotes ir descalzos por las calles, y que en caso de contravención fuese permitido a cualquiera atravesarles los pies con un hierro.”

.....

“Nogués, médico del rey del país de Bearne, examinó la sangre de los agotes y la encontró buena y sana, y dice que la constitución de su cuerpo es ordinariamente fuerte, vigorosa y llena de salud.”

.....

“Ramond Floriman, en 1613, rechaza la opinión de que sean enfermos. Coincide con otros autores en que los agotes son fuertes, robustos y gallardos.”

PILAR HORS
(Extractos del libro “Seroantropología de los agotes.”)

“En 1517 los agotes acudieron al Papa quejándose de que no usaban con ellos las ceremonias y solemnidades que con los otros cristianos porque se decía que sus mayores acudieron a un conde, don Ramón de Tolosa, el cual hizo cierta rebelión a la Santa Iglesia Romana... La solicitud de los agotes fue contrariada por Caxar Arnaut, ujier del Consejo Real, el cual expuso que la causa de su separación de otros cristianos no fue la del conde don Ramón de Tolosa, y por ser cismáticos, sino que ocurrió en tiempo del profeta Eliseo, cuando el príncipe Nahaman fue a curarse de la lepra...”

JOSÉ YANGUAS Y MIRANDA

(Extracto del “Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra.”)

“Al entrar (en el barrio de los agotes) se nota que no hay ninguna casa solariega, ningún escudo, ningún adorno; pocas flores. Se siente un ambiente de tristeza, de suspicacia y de humillación. Es la miseria ancestral, la injusticia y el odio que al pesar sobre los habitantes los ha empequeñecido.

Si se fija uno en los hombres, en las mujeres y en los chicos, se ve que debajo de la máscara común de tristeza y de sospecha hay un tipo de raza especial.”

PÍO BAROJA

(“Las horas solitarias.”)

“El sumo vilipendio y tratamiento, peor que de esclavos, con que se ven apartados, como gente contagiosa, de los Pueblos, y condenados a los oficios más viles de la República.”

P. JOSÉ DE MORET

(“Anales del Reino de Navarra.”)

“A pesar de que son despejados, industriosos, pacíficos y tienen el mismo carácter y las mismas costumbres que el resto del país; a pesar de que los legisladores han tratado siempre de protegerlos, borrando las diferencias que los separaban del resto de la población, los agotes nunca tuvieron

cargos públicos, ni la menor intervención en la administración económica y gubernativa del valle; y es muy raro el caso de que uno que no sea de su raza se atreva a enlazarse con mujer agote."

JUAN MAÑÉ Y FLAQUER
("El Oasis". Viaje al país de los
Fueros.)

"Los agotes inspiran compasión porque se ve que son menospreciados por una manía que no parece que tiene razón de ser en estos tiempos (1901). Son ellos laboriosos, inteligentes y muy industriuosos."

MANUEL IRIGOYEN Y OLÓNDRIZ
("Los agotes.")

Estrenada en Madrid, por la Compañía del Teatro Nacional María Guerrero, la noche del 25 de febrero de 1965, con el siguiente

R E P A R T O

(Por orden de intervención)

LUCAS GARDE	<i>José Bódalo.</i>
CAXAR ARNUT, ujier del Consejo Real	<i>Antonio Farrandis.</i>
LORENZO GARDE, hijo de Lucas ...	<i>Vicente Ros.</i>
RUTH ARGANEA	<i>Silvia Roussin.</i>
MARÍA DE LANZ, mujer del herrero	<i>Rosario G.^a Ortega.</i>
NOEMÍ, mujer de Lucas Garde ...	<i>María Paz Molinero.</i>
EL VIEJO BAIGORRI	<i>José Vivó.</i>
INÉS DE AÑO A	<i>Margarita G. Ortega.</i>
JUANES IBARGOI	<i>Víctor Gabirondo.</i>
TRISTÁN DE ARIZ	<i>José Luis Lespe.</i>
HERNÁN DE MUGARI	<i>Alfredo Cembreros.</i>
JEZABEL	<i>Montserrat Carulla.</i>
SOULET, el buhonero	<i>Miguel Angel.</i>
EL LEÑADOR ERRAZU	<i>Joaquín Molina.</i>
OTRO LEÑADOR	<i>Manuel Tejada.</i>
UN MOZO	<i>Valentín Conde.</i>
OTRO MOZO	<i>Fernando Rojas.</i>
UN VECINO	<i>Tomás Carrasco</i>
OTRO VECINO	<i>Antonio Burgos.</i>
OTRO VECINO	<i>Francisco D. Matesanz.</i>
UNA VECINA	<i>María Luisa Hermosa.</i>
OTRA VECINA	<i>Margarita Díaz.</i>

Vecinos del pueblo y habitantes del barrio.

La acción en un valle fronterizo del Pirineo, en el siglo XVI o XVII.

“Canción de la Espera”, de MANUEL PARADA.

Decorados y figurines: EMILIO BURGOS.

Dirección: CLAUDIO DE LA TORRE.

PARTE PRIMERA

CUADRO PRIMERO

Solar cercado a trechos por unos pequeños muros medio derruídos. Hacia un lado de la escena, una horca de madera sobre su plataforma, a la que se llega por dos escalones. Al otro lado, una vieja barraca, también de madera, medio oculta en el lateral.

(En la plataforma de la horca está sentado LUCAS GARDE y, en el primer escalón su hijo LORENZO. Habla LUCAS con tono reposado, al término de una larga conversación familiar. A distancia, de pie, escucha con atención ARNUT, ujier del Consejo Real.)

LUCAS.—Has de recordar por último, hijo mío, ahora que llega el tiempo de tus bodas, que somos de maligna condición, lo que Dios no quiere que se entienda como que somos hijos del Maligno, porque cristianos viejos siempre fuimos.

ARNUT.—No hay que mezclar razones cuando una está clara.

LUCAS. *(A ARNUT, pacientemente.)*—Es joven. Hay que repetirle lo que sabe, y aun así lo olvidará.

ARNUT.—A tu hijo educaste en el santo temor.

LUCAS.—Pero es desmemoriado. Puede que ya no se acuerde.

LORENZO.—Me acuerdo, padre.

LUCAS.—Pregunta en cualquier rincón de nuestra tierra, y hasta allá, en el más alto Pirineo. Todos te dirán que no puede haber trato con nosotros.

LORENZO.—Lo sé, padre. Lo sé cada día.

LUCAS.—Pero ahora que gobernarás tu propia casa has de enseñárselo a los tuyos, que es la lección más dura.

LORENZO.—Me has dicho que Jezabel está advertida.

LUCAS.—Sí, es también de nuestra raza. Conoce sus culpas y a ellas se atiende.

ARNUT.—De eso quisiera yo hablar.

LUCAS. (A ARNUT, suavemente.)—Luego. (A LORENZO.) Aun así, tu trance no será menos difícil, porque no es a Jezabel a quien has de enseñar nuestros rigores, que ella también los sufre, sino a los hijos con que Dios os premie un día, que nada saben.

LORENZO.—Como hiciste tú conmigo, padre.

LUCAS.—Sí, como yo hice. Y a pesar de los años que me han ido quitando la memoria, y tantas cosas muertas como quedaron enterradas, aún está vivo en mi corazón aquel momento en que tuve que decirte que eras de raza impura.

LORENZO.—Escucho siempre con respeto cuanto oigo de tus labios, pero por segunda vez hablas de razas y algo en mí se rebela. Son tus viejas ideas, padre, que se te enredan como zarzas entre las piernas y te dañan al andar.

ARNUT.—Es la voz de la prudencia.

LORENZO.—Pero no de la ley.

ARNUT.—La ley se dicta a veces por sondear los ánimos. Sólo es ley cuando se aplica. De no ser así, menguado oficio tendría el Consejo al tener que ordenar cuanto se ha escrito.

LORENZO.—En estos valles y montañas no hay más que hermanos en comunidad. El Fuero así lo reconoce. Así la Iglesia lo ha declarado en todo tiempo.

LUCAS.—Nuestra Santa Madre la Iglesia nos acoge en su

misericordia. Sabe que un día, lavadas nuestras culpas, todas las almas resplandecerán como un nimbo celeste para mayor gloria del Señor. El Fuero está en manos de los hombres. Por eso es más oscuro.

ARNUT.—No has de criticar la ley.

LUCAS.—No la critico. Digo que es más difícil de entender. Aquí purgamos nuestros pecados los malditos, reunidos en este valle, sin que los hombres puedan aliviarnos.

ARNUT.—¿Sabes por qué?

LORENZO. (*Violentamente.*)—¡No irás a hablarnos de la lepra!

ARNUT.—¿Por qué no? Tu padre te recordaba hace poco tus deberes. Yo puedo recordarte vuestro origen.

LUCAS.—No hace falta, Arnut.

LORENZO. (*Despectivo.*)—¡Sí, el conde de Tolosa y sus herejes!

ARNUT.—Más lejos todavía. El profeta Eliseo. El maldijo a su siervo, y a los descendientes de su siervo, por los siglos de los siglos.

LORENZO. (*Con sarcasmo.*)—¡Y he aquí a sus descendientes!

ARNUT.—Pudo el profeta lavar la lepra de Nahamán, porque las aguas del Jordán estaban cerca, pero la sangre de su siervo no se limpiará jamás en este valle, aunque lo rieguen mil arroyos.

LORENZO.—No hay maldición eterna de los hombres, ni siquiera de los profetas. Creencias son esas de judíos, que el cristiano rechaza.

ARNUT.—Eres joven, decía tu padre. Lo pregonan tu valor y tu ignorancia.

LUCAS.—Déjalo, Arnut. Propio es de la juventud tener la mente generosa. Son palabras de amor a los suyos las que escuchas, de dolor por nuestros pecados. (*A LORENZO.*) Ve, hijo. Has de salir al camino a avistar a los viajeros, pero no a su encuentro. No has de hablar a Jezabel, sino en presencia de los tuyos.

LORENZO.—Lo sé, padre.

ARNUT.—Ya ves: esa ley no está tampoco escrita, pero hay que obedecerla.

LORENZO.—Porque lo manda el padre.

ARNUT.—Porque es la costumbre. Los novios no han de hablarse antes del compromiso. Bodas a vistas se llaman en estas tierras.

LUCAS.—Somos una sola familia. La otra sangre del valle se nos niega. No cabe el engaño. (A LORENZO.) Anda, no te detengas. Arnut ha de hablarme de otras cuestiones.

ARNUT. (*Solícito.*)—Como amigo, no como ujier del Consejo.

LORENZO.—¿Sabes hablar de dos maneras?

(Sale LORENZO. Sobre la espalda lleva, cosida, una señal de paño rojo, recortada como un pie de pato.)

ARNUT. (*Por LORENZO.*)—No veo bien tu mano en este fruto verde. Debiera ya estar maduro, si a casarse va.

LUCAS.—Buena fue la tierra que tuvo. Y firme el pulso que lo plantó. Malo no puede ser el fruto.

ARNUT.—Pero agrio... agrio...

LUCAS.—Para mi paladar, el más dulce.

ARNUT. (*Tras una pausa, con cautela.*)—Antes quise hacer una pregunta. Dijiste que la novia es de vuestra raza, lo que irritó no sé por qué al muchacho.

LUCAS.—Conoce lo mandado, pero en su corazón no ha de humillar a la elegida.

ARNUT.—¿Su nombre?

LUCAS.—Jezabel de Guyans.

ARNUT.—¿No es de este lugar?

LUCAS.—Del otro lado de las montañas.

ARNUT. (*Con sorna velada.*)—Ya. De las leproserías de San Luis.

LUCAS.—San Luis está en los cielos y no es ya hora de Cruzadas.

ARNUT.—Verdad. La misericordia cerró sus casas y ha tiempo que los enfermos andan sueltos. Suben y bajan por estas rocas libremente, como el agua que salta. El frésco de los helechos los habrá curado.

LUCAS. (*Tras una pausa.*)—¿Algo más querías decirme?

ARNUT. (*Después de pensarlo.*)—Siempre que hay una celebración del Santo matrimonio entre vosotros, el Consejo se inquieta.

LUCAS.—¿Por qué?

ARNUT.—¿Queréis también celebrar la boda ante el altar de la iglesia!

LUCAS.—No hay otro.

ARNUT.—Puede haberlo. Todo el recinto es sagrado. Bastaría con improvisar el altar en otro sitio. Fuera del templo, incluso.

LUCAS. (*Con ironía.*)—En el arroyo, al descubierto.

ARNUT. (*Fingiendo escandalizarse.*)—¿No! Bien cubierto y adosado a una de las paredes del templo. Pero por fuera. Las paredes de la iglesia están benditas por una y otra cara.

(*Hay un silencio.*)

LUCAS.—¿Quién te manda a decírmelo? ¿El propio Consejo?

ARNUT. (*Evasivo.*)—No es función del Consejo prever los hechos, sino juzgarlos.

LUCAS.—No te entiendo.

ARNUT.—Los señores del Consejo no entienden de minucias, Soy yo, que soy tu amigo, quien viene a preverte. El pueblo no quiere más bodas vuestras en la iglesia.

LUCAS.—No es la primera.

ARNUT.—Por eso mismo. No quiere más.

(*LUCAS coge un mazo de madera, lo envuelve en un paño grueso y va golpeando las juntas de la horca, como para asegurarla mejor.*)

LUCAS. ¿Y has esperado a la boda de un hijo mío para cerrarme la iglesia?

ARNUT.—No tengo yo poder para tanto. El señor Arcediano me denunciaría al Tribunal.

LUCAS.—Entonces...

ARNUT.—Pero ese sería el ejemplo, el buen ejemplo que tú podrías dar para vivir todos tranquilos: el pueblo a un lado, el Consejo a otro, y vosotros aparte. No habría más querellas.

LUCAS.—Sí, hace tiempo que lo pienso. Tres mundos separados. Ya no nos purifica la misma agua bendita. Otra pila hemos tallado para nosotros. Ni podemos hacer la ofrenda a nuestros muertos, ni siquiera adorar la Cruz, sin provocar la ira de los demás. Nos han dejado sin oraciones ni pensamientos. Sólo nos queda la voluntad de Dios.

ARNUT.—Sois buenos cristianos, lo sabemos. El señor Arcediano asegura que no habéis incurrido en herejía ni secta reprobada.

LUCAS.—Pero tiene miedo también.

ARNUT.—Temor de Dios, que es miedo santo. Por eso ha dicho que no cerrará las puertas a tu tijo. Pero el pueblo querrá cerrarlas. ¿Comprendes el peligro?

LUCAS.—Sí. Comprendo, al fin, a lo que has venido.

(Llegan RUTH ARGANEA y MARÍA DE LANZ. Son dos mujeres envejecidas, con aspecto de suma pobreza. Las dos llevan en las espaldas la señal de paño rojo. Se detienen apenas han entrado en el solar. Las primeras frases las dicen en tono pañidero, monótono, como una plegaria que no se dirigiera a nadie.)

RUTH.—¡Era tanta nuestra miseria, que para ellos fue un tesoro!

MARÍA.—¡Ni sábana para el lecho nos dejaron!

RUTH.—Todo era pobre, pero mucho: la vasija y el hacha, la leña y los mendrugos.

MARÍA.—¡Todo se llevaron!

ARNUT. *(Interrumpiendo los lamentos.)*—¿Qué murmuráis ahí?

RUTH. *(Con humildad.)*—A hablarte venimos, Arnut. Sabíamos que estabas aquí, con Lucas Garde. *(A LUCAS.)* ¡Día de gozo nuevo para tu casa, pero de viejo llanto para las nuestras!

LUCAS.—¿Qué os sucede?

RUTH.—Nada nos dejaron. Para la hoguera han ido nuestros bienes.

MARÍA.—¿Bienes los llama? ¡Sombras de bienes!

LUCAS.—¿Qué os quitaron?

RUTH.—Todo, te digo. Entraron aquellos hombres por el barrio como viento huracanado. Arrancaron puertas y ventanas. Sólo quedaron las paredes frías, los suelos desnudos.

LUCAS. (A ARNUT.)—¿Qué ha sido eso? Tú debes saberlo porque callas.

ARNUT.—He pasado aquí la tarde, contigo. No puedo saber lo ocurrido en el barrio. Pero ya te dije que los ánimos estaban muy excitados.

MARÍA.—¿No oísteis las voces?

ARNUT.—No, el barrio está distante.

LUCAS. (Con pesar.)—No las oí. Yo sólo pensaba en los míos. De tanto pensar en ellos debieron borrárseme los sentidos.

RUTH.—Ni tu casa fue respetada. Noemí viene con todos. La traen.

LUCAS.—¿Mi mujer?

RUTH.—Te digo que ni tu casa respetaron. ¡La casa del mejor carpintero!

LUCAS. (Con amarga ironía.)—Carpintero de horcas y ataúdes, aunque no soy verdugo ni sepulturero. Carpintero nada más, de corto oficio. No me es permitido otro trabajo.

MARÍA.—¿Esa es la nueva orden?

ARNUT.—Nueva o vieja, no es de tu incumbencia.

LUCAS.—Aquí me han traído, a este solar, para que mi trajín tuviera más holgura. (Señalando la horca.) Esta es mi última obra terminada. Loado sea Dios, que aún no tiene destino.

ARNUT.—Razón de más para agradecer el trabajo.

LUCAS.—Sí, lo agradezco. Además, es labor de fantasía. Cabe usar el ingenio en esta vieja máquina. No es como hacer un ataúd tras otro, todos iguales.

ARNUT.—Y, sin embargo, muere gente distinta, de todas clases.

LUCAS.—Pero la muerte es una sola. Pocas variantes tiene.

RUTH.—Algunas de tus cajas bajarán al barrio esta noche. Ni la vida de los pobres les detuvo.

LUCAS.—Como un viento huracanado, me dijiste. ¿Por qué había de detenerse?

(Se oye, muy lejos, como un rumor de gentes.)

MARÍA.—Ya suben.

LUCAS.—Mala señal si salieron al campo.

(LUCAS se va por el fondo.)

ARNUT. *(Al ver alejarse a LUCAS GARDE, con apremio.)*—
¿De qué os acusaban?

RUTH.—No lo sabemos. Gritaban todos con furor, como si nuestra miseria les hubiera enloquecido.

ARNUT.—¿Pero algún motivo habría que justificara esa locura!

MARÍA.—De las aguas del río brotan siempre las que-
rellas.

ARNUT.—¿Utilizásteis las aguas?

RUTH.—No. Nuestras fuentes están bien señaladas.

ARNUT. *(A MARÍA.)*—¿Y Martín Lanz, el herrero, tu marido?

MARÍA.—Entre sus hierros le llevaron. Por eso me he adelantado a hablar contigo.

ARNUT.—¿Qué hizo? *(MARÍA no contesta.)* No hace falta que respondas. Tiene la forja a la orilla del río.

MARÍA.—¿Era tan poca el agua que necesitaba!

ARNUT.—La suficiente para envenenarla.

(Han cesado los rumores. Por el fondo van llegando, en silencio, los primeros habitantes del barrio. Entre ellos LUCAS, con NOEMÍ, su mujer. Otros grupos entran en la escena por distintos lados, deteniéndose todos tras los muros derruídos. Forman, hom-

bres y mujeres, un enjambre humano de pobre condición, destacándose sobre las sombras de sus cuerpos la señal de paño rojo. LUCAS penetra en el recinto con su mujer.)

LUCAS. (A ARNUT.)—Fuerón grandes los daños, al parecer. Tendrás que oír su relación.

ARNUT.—¿Yo? ¿Qué puedo hacer?

LUCAS.—Reunir al Consejo.

ARNUT.—No tengo autoridad.

LUCAS.—Después de oírles, sí. Podrás hacer traslado de sus quejas.

NOEMÍ. (A LUCAS.)—De las nuestras también, Lucas.

(LUCAS se dirige a los grupos de gente, detenidos detrás de los muros.)

LUCAS.—Entrad todos. No puedo daros buen acomodo, pero en un lugar de trabajo caben siempre los necesitados. Entrad. Arnut, ujier del Consejo Real, va a escucharos.

(Hombres y mujeres entran en el solar. Unos se sientan en el suelo, otros en los muros, por grupos separados. RUTH ARGANEA y MARÍA DE LANZ se han unido a los suyos.)

ARNUT. (A LUCAS.)—Harían mejor en dirigirse ellos mismos al Consejo.

LUCAS.—No les escucharían. Ni judío, ni agote. —¡Dios me perdone!—, ni penitenciado por la Santa Inquisición pueden ser oídos en el Consejo, de no estar convocados. Es lo dispuesto.

ARNUT.—¡Sabia disposición! Así el ujier se cansa de oírles.

LUCAS.—Y ellos de hablarte.

(ARNUT, encogiéndose de hombros, se sienta en uno de los peldaños de la horca.)

NOEMÍ.—Pienso, Lucas, en nuestro hijo. Tristes van a ser sus esponsales. ¿Dónde está?

LUCAS.—Salió al camino a ver llegar a los viajeros.

NOEMÍ.—¿Tan pronto?

LUCAS.—Como sólo a distancia los verá, tan lejos como los ojos alcancen, no será pronto ni tarde, pues no habrá encuentro. Luego nos reuniremos con él, a la vista del valle.

NOEMÍ.—Poca alegría podremos ofrecerle con este dolor.

LUCAS.—Le ofreceremos el dolor. El también lo espera.

ARNUT. (*Desde su sitio, sin moverse.*)—Estoy aguardando, Lucas. Ninguno se decide a hablar.

LUCAS. (*A los grupos.*)—¿Lo oís? ¿Qué se ha hecho de vuestras lamentaciones? ¿Las habéis ya olvidado?

(Se sienta con NOEMÍ al otro lado de la horca. Los del barrio, sentados también, van exponiendo sus quejas sin incorporarse. Hacen todas sus demandas con ese tono humilde del que sabe de antemano que no va a ser atendido, en contraste con la firmeza de las palabras de ARNUT.)

MARÍA.—Martín Lanz, el herrero, ha sido preso.

ARNUT.—Contaminó las aguas del río. Lo ha confesado.

MARÍA.—¿Cómo pudo contaminarlas si no mojó sus manos?

ARNUT.—Mojó los hierros, que llevaban la huella de sus manos. Rechazo esa demanda.

LUCAS. (*Conciliador.*)—No eres tú quien deba rechazarla, Arnut, sino más alto.

ARNUT.—No he de llevar al Consejo lo que es ordenanza declarada. Los vecinos del valle, no vosotros, han de beneficiarse únicamente de los ríos comunes.

EL VIEJO BAIGORRI.—Pero dime, Arnut: ¿es que nosotros no somos también vecinos?

ARNUT.—No. Sois habitantes del barrio, nada más. Vuestras casas no tienen las medidas del Fuero.

EL VIEJO BAIGORRI.—Nuestras casas son de piedra, limpias y cumplidas.

ARNUT.—Pero bajas.

LUCAS. (*Riendo, al viejo.*)—¡Tiene la lección bien aprendida, abuelo!

EL VIEJO BAIGORRI.—Martín Lanz, el herrero, obtuvo vecindad dando la colación de rigor. Si los demás no dimos el sustento fue porque apenas si para nosotros nos bastaba.

ARNUT.—Esa sí es razón. Puede llevarse al Consejo.

LUCAS.—¡Bien, abuelo! Los años te dan sabiduría.

MARÍA.—¡Lucas, Lucas, eres siempre el buen corazón entre nosotros porque intentas consolarnos con tus bromas. ¿Pero qué consuelo puede haber para una mujer desamparada?

INÉS DE AÑO.—Otras más tristes quedaron en el barrio, con sus hombres heridos.

MARÍA.—El mío no sé cómo estará a estas horas.

ARNUT.—Sano, sano. Es hombre duro para el daño que recibe. Por eso no le importa hacerlo a los demás.

MARÍA.—¿Qué quieres decir?

ARNUT.—Que la epidemia crecerá ahora con el contagio de las aguas. Por su culpa.

LUCAS. (*Incorporándose.*)—Arnut, tú lo sabes: no somos apestados. No lo fuimos nunca, Según la ley antigua, la lepra es castigo directo de la mano de Dios, y nuestro castigo nos vino siempre de la mano de los hombres. Nos habéis negado todo. Pese a ser los habitantes más antiguos del valle, ni esta antigüedad nos concede ser vecinos. Nada más que porque nos juzgáis distintos, porque ignoráis quiénes somos. No busques nuevas culpas.

ARNUT.—Me atengo al Fuero y a lo ordenado en el Consejo. En barrio aparte vivís. Vuestras vidas tienen que estar aparte.

LUCAS.—Aparte, bien aparte están. ¿Quieres aún que me vaya más lejos? Carpintero era de herradas, de cubos, de podaderas. Trabajaba en mi casa, a la sombra de los míos. Pero lo que salía de mis manos contagiaba también. Eran objetos vivos, del diario trajín. Tocarlos era peligro en tiempo de epidemia. Y me trajisteis aquí, a estas alturas, a trabajar para los muertos. Co-

mo una gran bondad también para los condenados. Manchamos, lo sé. Pero no se manchan vuestras manos al herirnos, al saquear nuestros hogares. ¿Quiénes, dime, son los que no se apartan?

ARNUT.—No he de entrar en la cuestión, Lucas. Te repito que soy tu amigo y no he de reñir contigo. Tú obedeciste sin protesta. Pero hay muchos que se resisten a lo que está mandado.

RUTH.—¿Está mandado que ni ropas nos dejen para abrigarnos en el lecho?

ARNUT.—Si hubo hurto de ramas en el monte, justo es el embargo.

INÉS DE AÑO.—¿Y que nos nieguen el refugio sagrado?

ARNUT.—Eso no.

INÉS DE AÑO.—A Juanes Ibargoi lo sacaron de la iglesia, a la fuerza, como si fuera excomulgado. ¿No es cierto, Juanes?

JUANES IBARGOI.—No hables, mujer. Si yo callo, ¿por qué has de hablar por mí?

INÉS DE AÑO.—En la revuelta vi que otros te seguían. A todos expulsaron.

LUCAS.—Es muy grave lo que dices, Inés. La iglesia es de todos. Para todos.

INÉS DE AÑO.—Es de ellos nada más. Ni en la Santa Misa nos dejan sentarnos.

ARNUT.—En los últimos bancos, sí.

EL VIEJO BAIGORRI.—Hubo un tiempo, allá en mi juventud, en que los hombres se sentaban antes que las mujeres, sin distingos, y las mujeres con las mujeres. Eso era lo ordenado por el propio Emperador.

ARNUT.—Te pesan ya los años, Baigorri, si piensas que el Emperador se ocupaba de vuestros asientos.

EL VIEJO BAIGORRI.—Se nos permitía ir en las procesiones detrás de los varones casados, pero antes de los mozos y mozas por casar. Ahora ni a distancia nos dejan acompañarles.

JUANES IBARGOI.—No sólo ha sido apartarnos de los actos de piedad. También ha habido otros despojos graves. ¿No era también derecho nuestro, de antiguo, el aprovechamiento de la leña?

ARNUT.—Y sigue siéndolo, si no usáis el hacha.

JUANES IBARGOI.—¿Cómo puede talarse sin el hacha? ¿Con el cuchillo despuntado?

ARNUT.—Es la única arma que el Fuero os autoriza.

EL VIEJO BAIGORRI.—Y la espada, Arnut, que nos han quitado también.

ARNUT.—Cuando vais de viaje, fuera del lugar, podéis llevar la espada. Pero eso no reza ya contigo, que para pocas andanzas tendrás ánimo. De todos modos, sabes que al volver hay que entregar el arma.

LUCAS.—Así es, Arnut. Pero escucha: te he oído con mucha atención. Admiro tu sabiduría. Tanto sabes de nuestras ordenanzas que podrías formar parte del Consejo. No has olvidado ninguna. Pero siento una gran curiosidad después de oírte. Si todo nos está prohibido, si nuestras manos han de estar ociosas y nuestras almas sin consuelo, ¿cómo podremos ganar el sustento y, lo que importa más, el perdón de nuestras culpas?

ARNUT.—Es tiempo de excepción, ya os lo he dicho. Habréis de tener paciencia hasta que la epidemia se consuma. Hoy es una llama viva que todo lo prende.

INÉS DE AÑO.—Terminarán prohibiéndonos el aire que respiramos.

RUTH.—Y el pan que comemos.

MARÍA.—Y el calor de la lumbre.

INÉS DE AÑO.—Y cuando nos hayan quitado todo, no tendremos siquiera a quién pedir justicia.

RUTH.—Todos nos negarán, aunque nos escuchen.

LUCAS. (*Con ironía.*)—Pero no se nos niegan las razones. Ya habéis oído a Arnut.

ARNUT.—Quedaos en vuestro barrio, sin entrar en el pueblo ni salir al campo. Así no podrán culparos del contagio.

EL VIEJO BAIGORRI.—Soy viejo, Arnut. Te digo que nos culparán de todos modos.

INÉS DE AÑO.—Lo han hecho ya. ¿Qué otra cosa puede significar el castigo de esta tarde?

JUANES IBARGORRI.—Hemos subido a pedirte que convoces al Consejo.

ARNUT.—No soy más que el ujier, no queréis comprenderlo: el último servidor de la ordenanza.

LUCAS.—Atiende, Arnut. Eres el último, cierto. Por eso estás cerca de nosotros. Nuestras voces no se oyen más arriba, ni nuestros brazos alcanzan más allá de los tuyos. Para el Consejo, para ti, si eres de corazón humilde, serás el último de los mortales. Pero nosotros te vemos de otro modo, porque en ti empieza la justicia.

ARNUT.—En mí acaba. No soy más que su ejecutor.

LUCAS.—Por eso te pedimos que se cumpla lo ordenado: que se respeten nuestros hogares, nuestras vidas. Si te falta autoridad, pídelo al Consejo.

ARNUT.—No puedo hacer más que oiros. A eso me limito.

LUCAS.—Porque tienes miedo a los otros, como el Arcediano, como todos. La Ley está en tu mano, pero los vecinos son más fuertes. Vienes a nuestro barrio con frecuencia, sin miedo al contagio, porque entre nosotros mandas tú, y esto te sirve de consuelo. Pero un día, si quieres ser justo, tendrás que poner a prueba tu debilidad.

ARNUT.—No sé de qué me hablas.

LUCAS. (*Señalando a los grupos.*)—Ellos, sí. Por eso esperan todavía. Con tanto hablar los hemos olvidado.

MARÍA.—Aún estoy aguardando a que me digas lo que va a ser de mi marido.

ARNUT. (*Impaciente.*)—¿Qué puedo saber yo de la suerte del herrero? Bueno en su oficio, no tan bueno en la obediencia, será mejor que pienses que sufrirá un castigo grave.

MARÍA.—¡No! ¡No podría pensarlo!

(*Hace un movimiento instintivo hacia ARNUT, que la detiene extendiendo la vara que lleva en la mano. Junto al muro del fondo han aparecido TRISTÁN DE ARIZ y HERNÁN DE MUGARI, vecinos del pueblo, seguidos de otros dos o tres vecinos. Este nuevo grupo, que viste con decoro, no lleva*

señal alguna en la espalda. Al ver a los recién llegados, los del barrio se apartan con temor, menos LUCAS. Los vecinos hablan siempre a distancia, como si recelaran el contagio de los otros.)

ARIZ.—Mal día elegiste, Lucas, para reunir a los tuyos.

Mejor estarían en sus casas. ¿No es así, Arnut?

ARNUT. (*Servil.*)—Acabo de decirselo.

LUCAS.—No fui yo quien los reunió. Vinieron ellos. Pero han venido, según me dicen, porque los echaron de sus casas.

ARIZ.—No lo creas. El miedo les hizo abandonarlas.

LUCAS.—¿El miedo? ¿Por qué el miedo?

MUGARI.—Nada iba contra ellos, pero todos se sentían con la misma culpa, y por eso huyeron al campo.

LUCAS.—¿Qué culpa?

MUGARI.—No quiero hablar, Lucas. Si todavía ignoras que las aguas del río están envenenadas, será porque de tanto trabajar para los muertos estás un poco muerto también.

LUCAS.—Es posible.

NOEMÍ. (*Con suavidad.*)—Nosotros tenemos nuestras fuentes. Nuestras aguas son puras.

ARIZ. (*Bruscamente.*)—Por eso envenenáis las otras. (*Al reconocer a NOEMÍ.*) ¡Ah, tu mujer! Perdona, Lucas.

LUCAS.—Tampoco entiendo por qué me pides perdón.

ARIZ.—Hoy no quieres entender nada. Bueno, a ver si comprendes a lo que venimos. ¿Mucho trabajo terminado?

LUCAS. (*Señalando la horca.*)—Ahí está.

ARIZ.—No me refiero a ese artefacto. Aunque ya debería estar funcionando. Te pregunto por las cajas de los muertos. No veo ninguna.

LUCAS. (*Con leve ironía, indicando la barraca.*)—Las tengo ahí guardadas. No hacen compañía. Para recrearme la vista a todas horas, me basta... el artefacto.

ARIZ.—Bajarás esta noche una de las cajas. La dejas a la entrada del pueblo. No hace falta que sea muy grande.

LUCAS.—¿Quién ha muerto?

MUGARI.—El Juez del crimen lo dirá.

MARÍA.—¡Dios mío!

ARIZ.—Parece hombre de mediano cuerpo, no bien crecido. El rostro tiene deshecho. Difícil de reconocer.

MARÍA.—¡Dios mío!

MUGARI.—¿Suspiras tú, María?

MARÍA.—Pienso en el herrero, mi marido.

MUGARI.—Pues mejor estarías en tu casa, rezando por si no vuelve.

MARÍA. *(Dando un paso involuntario.)*—¿Qué has dicho?

MUGARI. *(Retrocediendo.)*—No te acerques. De lejos nos oímos.

MARÍA.—Pero...

ARIZ.—Volved todos a vuestras casas, sin cruzar el pueblo. *(A MARÍA.)* Si quieres tener más nuevas, a la entrada del pueblo te las darán.

MARÍA. *(Vacilante.)*—Sólo una espero. ¿Lo han matado?

ARIZ.—Eso el ujier te lo dirá después, si aquí no sigue entretenido y es más diligente.

ARNUT.—Perdona. Bajo en seguida. Oía tu información.

(Sale ARNUT. Le siguen presurosos 'os del barrio. Los vecinos se apartan para dejarlos pasar. MARÍA es la última en salir.)

MARÍA. *(A ARIZ.)*—Sé buen cristiano: dime la verdad.

(ARIZ no le responde. MARÍA le mira un instante, en silencio, y sale rápidamente de escena.)

ARIZ. *(A LUCAS.)*—No olvides el encargo. Dejas la caja en el camino. Pero no antes de cerrar la noche.

LUCAS.—Así lo haré.

(ARIZ, MUGARI y los vecinos se van también en otra dirección. Quedan solos LUCAS y NOEMÍ.)

NOEMÍ.—¡Lo han matado, Lucas! ¿Qué va a ser de nosotros?

LUCAS.—Dios lo sabe.

(Empieza a recoger los útiles de trabajo.)

NOEMÍ.—Ese pobre Martín tirado en el camino...

LUCAS.—Hace unos días vino a verme. Quería un buen arcón de madera para sus herramientas. Se quejaba del desorden que tenía en la forja. Le prometí hacerlo en quince días. "Cuanto antes, mejor —me dijo—; me hace mucha falta." Quizás pensaba abandonar el valle.

NOEMÍ.—Ya lo ha abandonado para siempre.

LUCAS.—Sí. Ahora da igual que lo termine en quince días o en cien años. La que él necesita es otra caja, que está a punto. Más fuerte todavía.

NOEMÍ.—Otra muerte inocente.

LUCAS.—Todas lo son.

NOEMÍ.—¿Aun estando en pecado?

LUCAS.—Aun estando en pecado, porque fuimos redimidos.

NOEMÍ.—¿No es herejía lo que dices, Lucas?

LUCAS.—Pienso que todos vamos por el mismo camino y que sólo la carga es diferente. Unos llevan el bien y otros el mal. Pero el cansancio de vivir es el mismo. La muerte nos libera.

NOEMÍ.—La Vida Eterna nos aguarda.

LUCAS.—Allí descansaremos todos.

NOEMÍ. *(Santiguándose.)*—Deus misereatur nostri. Amen.

(LUCAS termina de guardar las herramientas y, en silencio, cambia su ropa de trabajo por otra en la que está cosida la señal.)

LUCAS.—Vamos a reunirnos con Lorenzo.

NOEMÍ.—Tendrá esta noche que volver aquí contigo, para ayudarte. La espera de la prometida será aún más larga.

LUCAS.—Haremos antes el encuentro, a la vista del valle.

NOEMÍ.—Será el encuentro fuera del hogar, sin techo, sin los Siete Mártires que lo bendigan.

LUCAS.—El cielo está lleno de santidad. De él bajará la bendición.

NOEMÍ.—Así sea.

LUCAS.—Habrá paz para los hombres buenos.

NOEMÍ.—¿Y la muerte de Martín? ¿No era también un hombre bueno?

LUCAS.—Ese es el misterio.

(LUCAS sale del solar con NOEMÍ y se alejan los dos.)

OSCURO

CUADRO SEGUNDO

Un camino alto, a la vista del valle

(SOULET, el buhonero, sentado en una piedra, ordena su mercancía en una caja de madera que descansa sobre las rodillas. Al lado tiene un gran saco del que va extrayendo los pequeños objetos de su comercio. JEZABEL, de pie, inquieta, se ha detenido a mirar hacia el valle, al fondo de la escena. JEZABEL viste de un modo distinto al de las mujeres del valle.)

JEZABEL.—Aún hay luz para ver el caserío, pero no a los que de él salen.

SOULET. (Con fingida inocencia.)—¿Esperas a alguien?

JEZABEL. (Riéndose.)—¡Tonto!

(Vuelve a mirar.)

SOULET. (Tras una pausa.)—¿No viene nadie todavía?

JEZABEL.—Acércate, ven aquí. Ayúdame a ver.

SOULET.—Lo que no vean dos ojos jóvenes no van a verlo dos viejos.

JEZABEL.—Son dos ojos más.

SOULET.—Inútiles para la distancia. Apenas si distingo lo que estoy colocando aquí.

JEZABEL.—A la hora de vender, ya lo verás muy bien. (Acercándose.) ¿Qué haces?

SOULET.—Preparo la caja. Vamos a entrar en el pueblo y hay que llevar alguna mercancía a la vista. Lo de menos precio. Es lo que primero se vende.

(JEZABEL se arrodilla ante el buhonero y señala dentro de la caja.)

JEZABEL.—Dame este collar.

SOULET.—Devuélveme antes lo que me has quitado.

JEZABEL.—¿Qué te he quitado?

SOULET.—Las esencias.

(JEZABEL acerca su pecho al buhonero.)

JEZABEL.—¡Huele!

SOULET. (*Después de oler.*)—Muy buen olor.

JEZABEL.—¿Cómo quieres que te lo devuelva?

(SOULET saca el collar de la caja y se lo entrega.)

SOULET.—Toma el collar.

JEZABEL. (*Se incorpora y se lo pone, muy contenta.*)—A Lorenzo le gustaré más así.

SOULET.—¿No le gustas ya bastante?

JEZABEL.—No lo sé. No le conozco. Venía con mis padres a hacer el encuentro.

SOULET.—Poco cortejo vas a tener ahora: el buhonero. (*Señala alargando la caja.*) ¡Pero que no se figuren tus amigas que estos son tus regalos!

JEZABEL.—No tengo amigas. No conozco a nadie en el valle.

SOULET.—Ya. Bodas a vistas.

JEZABEL.—Así es. No traigo tampoco regalos. Soy muy pobre, ¿sabes?

SOULET.—Yo también.

JEZABEL.—Tú no. Me has dado mucho.

SOULET.—Todo lo que llevas puesto es mío.

JEZABEL.—¿Todo? El traje, no.

SOULET.—Los adornos. No vayas a olvidarlo. Después me los has de devolver.

JEZABEL. (*Con coquetería.*)—Te los comprará mi prometido.

SOULET.—¿Cómo se llama?

JEZABEL.—Sabes muy bien su nombre: Lorenzo Garde. ¿Por qué me lo preguntas?

SOULET.—No fueras a olvidarlo también. Conozco la familia. Buena casa te eligieron.

JEZABEL.—Nuestros padres hicieron de jóvenes sus tratos. El mío talaba por estos montes, y como el suyo era carpintero...

SOULET. (*Continuando la frase.*) El uno talaba y el otro compraba. Ninguno de los dos cumplía lo ordenado, por lo tanto.

JEZABEL. (*Riendo.*)—¡Eran tiempos muy malos aquellos, según cuentan!

SOULET.—¿Crees tú que los de ahora son mejores?

JEZABEL.—¡Claro que lo son! Mira: has de saber que el Príncipe...

SOULET.—Ah, ¿tenéis un príncipe?

JEZABEL.—Como tú. No somos libres. Tenemos que obedecer a un príncipe.

SOULET.—Yo les obedezco a todos. Por eso no sabía a cuál te referías.

JEZABEL.—Al nuestro, al del Bearn. Le fue hecha petición para que no nos permitiera andar descalzos. Dejábamos huella maligna, según decían. ¿Sabes qué castigo le pidieron? Atravesarnos con un hierro el pie descalzo.

SOULET.—Por eso llevas zapatos primorosos.

JEZABEL. (*Riendo.*)—No, no es por eso. Hice el camino descalza. (*Señala los zapatos.*) Estos me los puse para el prometido.

SOULET.—¿Y no te pincharon los pies?

JEZABEL.—¡No! El Consejo de Burdeos rechazó la demanda. Es muy bueno nuestro príncipe. Por eso te digo que son tiempos mejores.

SOULET. (*Fingiendo impacientarse.*)—Mira, te gusta mucho hablar. Serías capaz de inventarlo todo con tal

de seguir hablando. Ese príncipe tan bueno, que tú dices, os tiene también bajo el estigma.

JEZABEL. (*Mostrándole la espalda.*)—¡Mírame la espalda! SOULET.—¿No llevas la señal?

JEZABEL.—No. Fuimos ya purificados. ¿No lo sabías?

SOULET.—Escúchame bien. Soy más viejo que tú, mucho más viejo. Como continúes con la burla de tus invenciones, te quitaré el collar.

JEZABEL.—No digo mentira. Todo el mundo lo sabe. ¿De dónde eres tú?

SOULET.—¡Ahora voy a tener que decirte dónde he nacido!

JEZABEL.—¿No eres agote?

SOULET.—No te contestaré.

JEZABEL.—¡Muéstrame la espalda!

SOULET.—No me des órdenes tampoco. Has de guardarme más respeto.

JEZABEL. (*Con cariño.*)—¿Quién eres tú?

SOULET.—Nadie lo sabe. Si yo fuera uno, u otro, este de aquí o aquel de más allá, no sería yo quien soy ni me estaría permitido envejecer en este perro oficio.

JEZABEL.—No te entiendo nada.

SOULET.—Porque has viajado poco. Se ve que es esta tu primera salida al mundo.

JEZABEL.—Es verdad. Nunca bajé al valle.

SOULET.—Ni bajaste al valle, ni subiste a la montaña, ni anduviste nunca fuera de tu casa más allá de las eras. Como está mandado. Al otro lado de las eras empieza el mundo prohibido para vosotros, no para mí.

JEZABEL. (*Con orgullo infantil.*)—¡Pues ya ves hasta dónde he llegado!

SOULET.—A saltos, con las alas cortadas. ¡Si no llego a recogerte!... Tus padres iban fugitivos.

JEZABEL.—Les daba miedo el valle. Por eso se volvieron. Ellos sí te conocían.

SOULET.—Todo el mundo me conoce, menos tú. Si hubieras andado más estos caminos sabrías quién soy. Unos me llaman Soulet, otros el buhonero. Muchos ni me saludan siquiera, pero saben quién soy. Trafico en mí

comercio. No hago brujería, aunque, si se ofrece, sé quemar también mis yerbas.

JEZABEL. (*Ilusionada.*)—¿Has visto muchas tierras?

SOULET.—He visto toda la tierra, la que se ve y la que no se ve.

JEZABEL. (*Pensativa.*)—Tendrás que darme otro collar.

SOULET.—¿Por qué?

JEZABEL.—Porque eres muy poderoso.

SOULET.—No te cuides tanto del adorno sin saber aún del prometido. Mira otra vez.

(JEZABEL va de nuevo a mirar hacia el fondo, al tiempo que llegan por el camino dos leñadores.)

JEZABEL. (*Deteniéndose al verlos.*)—Benedictus Dominus. ¿Habéis visto a Lorenzo Garde, hijo de Lucas Garde?

(Los leñadores retroceden un paso, recelosos.)

ERRAZU.—¿Por quién preguntas?

JEZABEL.—Por Lorenzo Garde, el hijo del carpintero Lucas.

ERRAZU. (*Bruscamente.*)—No hay en el pueblo carpintero de ese nombre.

(*Siguen su camino.*)

SOULET.—Desmemoriados andáis con vuestra leña a cuestas. ¿No conocéis a Lucas?

ERRAZU.—Sí le conocemos, y a ti también. Pero una mujer sola que pregunta a estas horas por un hombre, en estas soledades...

SOULET.—Sola no está. Yo la acompaño.

OTRO LEÑADOR.—¿Quién es?

SOULET.—Hija de buenos cristianos, bien nacida.

ERRAZU.—Pero nacida lejos.

SOULET.—Al otro lado del reino, en la comarca de Toulouse.

OTRO LEÑADOR.—Tierra de herejes.

SOULET.—Y de cristianos viejos. Mucho se bautizó con las aguas del Tarn.

ERRAZU.—Y mucha sangre se llevaron las aguas. (A JEZABEL.) ¿Cómo te llamas?

JEZABEL.—Jezabel de Guyans.

OTRO LEÑADOR.—Buen nombre judío te pusieron. Te comerán los perros.

SOULET.—No le hables así. Es joven y se asusta.

JEZABEL. (*Riendo, nerviosa.*)—No me comerán. La maldición ya se cumplió. Sólo los pies y las manos dejaron a la mujer de Icab.

ERRAZU.—Conoces bien la historia de los tuyos.

JEZABEL.—No son los míos.

ERRAZU. (*A SOULET, con desconfianza.*) ¿Es nueva cristiana?

SOULET.—Te digo que viejísima. Desde la sangre de sus abuelos, y más lejos todavía. Conozco a sus padres.

ERRAZU.—¿A qué viene aquí? (*SOULET se encoge de hombros y no contesta. Una pausa. Se dirige entonces a JEZABEL.*) ¿A qué has venido?

JEZABEL.—A casarme.

OTRO LEÑADOR.—¿Con Lorenzo Garde?

JEZABEL.—Así se llama el elegido.

OTRO LEÑADOR. (*A su compañero, alarmado, por JEZABEL.*)—No lleva la señal. Bien me he fijado. Ni cresta, ni ala de oca, ni pie de ánade, ni de pato siquiera.

ERRAZU. (*A JEZABEL.*)—¿Sabes quién es Lorenzo?

JEZABEL.—Sé quién es por lo que me dijeron, pero nunca le vi.

ERRAZU.—¿Te dijeron también que era de raza impura? (*JEZABEL no responde. El otro leñador se santigua.*) ¿No te asusta el oirlo? Soulet decía que eras joven y que te asustabas de todo.

SOULET.—La muchacha es de otras tierras. No conoce las leyes del valle.

ERRAZU. (*Secamente.*) Son iguales en todas partes. (*A*

JEZABEL, *con dureza.*) ¿Tú eres de la misma sangre!

¿Dónde llevas la señal?

JEZABEL. (*Impresionada.*)—Fulmos liberados.

ERRAZU.—No es cierto. Vuestro príncipe os eximió de llevar la señal en el cuerpo, pero no las tablas en las manos. No quiso ofender más a los ojos, que son más nobles que los oídos. ¿Dónde tienes tus maderos?

JEZABEL. (*Temblorosa.*)—Los perdí.

ERRAZU. (*Incrédulo.*)—¿Los perdiste?

SOULET. (*Interviniendo, conciliador.*)—¡Ahora es ella la desmemoriada! No los perdió. (*Se saca del pecho dos pequeñas tablas de madera.*) Estas son sus tablas. Me las dió para ponerse el collar. ¡Le gustan mucho los collares!

ERRAZU.—¡Cállate! (*A JEZABEL.*) Coge las maderas. (*JEZABEL obedece.*) Hazlas sonar. (*JEZABEL, atemorizada, golpea una contra otra, débilmente.*) ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! (*JEZABEL las golpea con más fuerza.*) ¡Así! ¡Que suenen bien! (*JEZABEL sigue golpeándolas hasta el final de la escena.*) Rodearás las eras y, sin cruzar por el pueblo, entrarás así en el barrio, haciéndolas sonar cada vez más para que todos te oigan y sepan de tu llegada. (*Con sarcasmo.*) ¡Adiós, Soulet! Quedas en buena compañía.

(*Los leñadores se van. El otro leñador, antes de desaparecer, escupe en el suelo. JEZABEL golpea las tablas frenéticamente, como poseída por el antiguo ritual de los leprosos.*)

SOULET. (*Gritando.*)—¡Basta ya! ¡Basta! ¡Deja de golpear esas tablas malditas, que no soy sordo!

(*JEZABEL entre la risa histérica y el llanto arroja las tablas al suelo y se abraza a SOULET.*)

JEZABEL. (*Abrazándole, gozosa.*)—¡Eres agote! ¡Eres de los nuestros!

SOULET.—¡No! ¡No vuelvas a decirlo! No soy de los vuestros ni de los otros. No soy de nadie.

JEZABEL. (*Sonriendo entre las lágrimas.*)—¡Eres de los nuestros!

SOULET.—¡Te digo que no! Mi negocio es de todos. Compró y vendo lo que quiero.

JEZABEL.—Cómprame a mí, si me quieres. ¡Tengo miedo, mucho miedo!

(LUCAS ha aparecido y escucha las últimas palabras de JEZABEL.)

LUCAS.—¿Quién dice que tiene miedo?

(JEZABEL y SOULET se vuelven, sorprendidos.)

SOULET. (Al reconocerlo, contento.)—¡Lucas! (A JEZABEL.) Es el padre de Lorenzo.

(JEZABEL corre a abrazar a LUCAS y rompe a llorar.)

LUCAS. (Acariciándola.)—Una hija mía dice que tiene miedo, y está llorando. ¿Qué ha pasado?

SOULET.—Errazu, el leñador, que la asustó. Ya conoces a los leñadores.

LUCAS.—¡Ah, los leñadores! Ellos son los más fuertes. Manejar un hacha en este valle es raro privilegio. Pueden permitírsele todo: talar los árboles y asustar las almas. Así nadie les discute su riqueza.

(SOULET empieza a recoger su mercancía, dispuesto a marcharse.)

SOULET. (A LUCAS, por JEZABEL.)—Me la dieron sus padres al cuidado, en la planicie de Aguincea, para que la dejara en tus manos. En ellas está.

LUCAS. (A JEZABEL.)—¿No te han acompañado los tuyos?

JEZABEL.—Tuvieron miedo también.

LUCAS. (Riendo, como quien habla a un niño.)—¿Sabes por qué tuvieron miedo? En la altiplanicie de Aguincea, hace miles de años, hubo una gran batalla. Un bearnés como vosotros, pero con cuatro orejas, mató

a todos los cristianos. Por eso tenéis miedo. Porque fué uno de los vuestros y merecéis castigo.

JEZABEL. (*Riendo más.*)—Era un gigante blanco. Hombre de mucha fuerza. Tenía también un rabo.

LUCAS.—Duro como la piedra. No pudieron cortárselo.

(*Rien los dos.*)

SOULET.—Te digo, Lucas, que la muchacha no necesita fantasías. Se las inventa ella sola. Por todo el camino fué sembrándome engaños.

JEZABEL.—A todo llama engaños. No se fía.

SOULET.—Experiencias del trato. Ahora he de bajar al pueblo, antes de que la noche cierre.

LUCAS.—Aguarda. Para bajar con tu negocio al pueblo, mal día elegiste.

SOULET.—No hay ninguno bueno.

LUCAS.—Nada puedo ofrecerte. Todo quedó en desorden. Pero aún encontrarás en nuestra casa, por la noche, el calor de sus muros.

SOULET.—No. Iré al pueblo. Poca ganancia hay en el barrio con vosotros.

LUCAS.—No encontrarías ninguna.

SOULET.—Eso pensaba.

LUCAS.—Pasó un viento de ira. Como si la cólera de los hombres despertara de pronto.

SOULET.—¿Qué ocurrió?

LUCAS.—Fue la fiebre declarada.

SOULET.—Nada supimos.

LUCAS.—Nada sospechábamos. Prendió la llama al punto. Duró lo que el relámpago. Pero trajo también el rayo, y luego la ceniza.

JEZABEL.—Así el pueblo, desde estas alturas, me pareció desierto. Nadie en los caminos.

LUCAS.—Sólo una mancha negra, en las afueras, como un hombre dormido.

JEZABEL.—¿Lorenzo?

LUCAS.—¡Dios no lo quiso! Lo tuve junto a mí toda la tarde. Ahora llega con su madre. Se reunirá contigo al fin.

SOULET.—¿He de quedarme

LUCAS.—Serás el único testigo.

SOULET.—Pronto vendrá la noche y, por las nuevas que me das, he de buscar albergue en otro pueblo.

LUCAS.—Hecho el encuentro podréis seguir los dos a otro lugar. Jezabel volverá en mejores días.

JEZABEL.—Ninguno mejor que éste en que he llegado. Soy ya de tu casa.

LUCAS. (*Abrazándola.*)—Hecha fue con acierto mi elección. (*Mira hacia fuera.*) Pero ahí se acerca el prometido. A los dos os toca hablar ahora.

JEZABEL.—Bendícenos antes.

(Por el camino aparecen LORENZO y NOEMÍ. Se detienen. SOULET se aparta. Quedan las dos parejas a distancia, a ambos extremos de la escena. Se hace un silencio para la bendición.)

LUCAS.—He aquí la hija. Proteja sus días el amparo de los cielos.

NOEMÍ.—He aquí el hijo. Concédele, Señor, la dicha que alcance por sus buenas obras.

LUCAS.—Se llama Jezabel.

NOEMÍ.—Lorenzo se llama.

LUCAS.—Amados sean los dos en nuestros corazones.

NOEMÍ.—Con un solo nombre.

LUCAS.—En el nombre de Cristo, Nuestro Señor. Amén.

NOEMÍ.—Amén.

(Todos se santiguan. NOEMÍ se acerca a JEZABEL y la besa. LORENZO recibe, de rodillas, la bendición de su padre. Luego se reúne con JEZABEL, mientras los otros se retiran.)

JEZABEL. (*Sonriendo, a LORENZO.*)—¿Eres tú el prometido?

LORENZO. (*Con timidez.*)—Sí. Si no me apartas.

JEZABEL.—¿Con las manos?

LORENZO.—O con los ojos.

JEZABEL. (*Con coquetería.*)—Tengo también mis tablas de mendiga.

LORENZO. (*Después de mirarla, sonriendo tristemente.*)—Para pedir limosna.

JEZABEL. (*Continuando en su juego.*)—O para no tocarte. Eres un maldito.

LORENZO.—Ya no lo soy, si estoy contigo.

JEZABEL.—¿Por qué?

LORENZO.—Porque contigo llegó la bendición.

JEZABEL. (*Fingiéndose asustarse.*)—No digas herejías. Llevas un pato en la espalda.

LORENZO.—Es animal limpio. Le gusta el agua que purifica.

JEZABEL. (*Riendo.*)—Siete veces me bañé yo en el río. Lavados fueron mis pecados.

LORENZO.—Nuestro río no es para los pobres. Pero nos lava el agua del bautismo.

JEZABEL.—Bautizado te quiero, como buen cristiano.

(Empieza a oírse, a lo lejos, el tamboril que acompaña los bailes campesinos.)

LUCAS.—¿Oís? ¿Quién tiene hoy ánimos para el jolgorio? No es tiempo de romeros.

SOULET. (*Que ha mirado hacia el valle.*)—Mozos y mozas suben al camino. Vienen como de fiesta.

NOEMÍ—Nuestro Santo Patrono, celebrado es dos veces por la Iglesia. Pero entre una y otra fecha estamos.

SOULET.—Suben con alborozo. Hacia aquí se dirigen.

LORENZO.—Padre, ¿qué haremos?

LUCAS.—Inútil alejarse. Son jóvenes y nos alcanzarían.

LORENZO.—¿A qué vienen?

LUCAS.—Pronto lo sabremos. Si van de paso, Dios les acompañe. Si han de quedarse con nosotros, Dios no nos abandone.

LORENZO.—No les temo.

LUCAS.—Pero has de hacer como si les temieras. Sólo en nuestra prudencia debemos confiar.

LORENZO.—¿Si acaso nos ofenden?

LUCAS.—No hay ofensa justa. Por eso los ofendidos agradan al Señor.

LORENZO.—Padre, no sé si sabré humillarme.

LUCAS.—Sí sabrás. Pensarás en tu madre, y en Jezabel y en la hora feliz que aquí nos trajo. No querrás ensombrecer las que aún te esperan.

SOULET. (*Retrocediendo.*)—¡Ya llegan!

(*Forman todos un grupo a un lado de la escena. Irrumpen con gran alborozo las parejas del pueblo. Deja de sonar el tamboril.*)

UN MOZO.—Bajó al pueblo la nueva y hemos subido a celebrarla. Errazu, el leñador, nos dio noticia.

OTRO MOZO.—Reducida es la familia y menguado el cortejo, pero aquí venimos a juntarnos todos.

LUCAS.—¿Qué queréis de nosotros?

MOZO.—Celebrar vuestro gozo en compañía.

LORENZO.—¿Qué buscáis?

OTRO. (*Riendo.*)—Nada buscamos ya. Te hemos encontrado.

LORENZO.—¿A mí?

MOZO.—Y a la prometida también. Queremos festejarla.

LORENZO.—No precisa festejo.

MOZO.—Es novia de fuera. Novedad grande para el pueblo.

(*LORENZO va a replicar, pero LUCAS le interrumpe.*)

LUCAS.—Somos gente del barrio. La muchacha vivirá con nosotros.

MOZO.—Pues celebrémoslo también. Entren los novios en la danza, ya que es nuestro gusto.

(*A una señal vuelve a oírse el tamboril. Las parejas se colocan para la "soka-dantza". Cada pareja lleva cogido un pañuelo por las puntas para marcar la separación. Hacen las primeras evoluciones. JEZABEL, ani-*

ma á LORENZO, y al fin entran los dos en el baile. Al llegar la figura del "puente", en la que todas las parejas pasan bajo los pañuelos levantados, una de ellas deja caer los brazos para cortar el paso de los novios. La danza se interrumpe, JEZABEL y LORENZO se apartan, desconcertados. Los otros rompen a reír.)

Mozo. (En son de burla.)

¡No baila la novia,
no baila el novio!
¡Bailen con el demonio!

(Las parejas desaparecen corriendo, entre risas. Los que quedan en escena no hacen ningún movimiento, como paralizados por la sorpresa. Permanecen así, en una inmovilidad absoluta, durante unos segundos. SOULET es el primero en romper la situación.)

SOULET.—He de irme ya, Lucas. Mucho he de andar aún hasta encontrar lugar tranquilo. El valle parece alborotado.

LUCAS.—Al venir la noche vendrá también la calma. Las horas peores han pasado.

SOULET.—Volveré pronto.

LUCAS.—Agradecidos te quedamos por tu amparo a la muchacha.

SOULET.—Fue buena compañía.

(JEZABEL se acerca a SOULET y, llevándolo aparte, hace ademán de quitarse el collar.)

JEZABEL.—El collar...

SOULET.—Que tu prometido me lo compraría, me dijiste.

JEZABEL.—Después de la ceremonia. Pero así, en el camino...

SOULET.—En los caminos es mi comercio. Por donde paso, vendo.

JEZABEL.—Entonces...

SOULET.—Aguardaré a la boda. No has hecho más que engañarme. En cuanto a esos otros adornos que te has puesto...

JEZABEL.—¿Me los quito?

SOULET.—No. Son mi regalo.

JEZABEL.—Gracias, buhonero.

SOULET.—Verás. Antes, en mis viajes, me acompañaba siempre un perro, un perro pequeño. Lo quería mucho. Gran pérdida fue su muerte para mí. Pero tú me lo has hecho olvidar.

JEZABEL.—¿Me comparas a un perro?

SOULET.—No. El no decía mentiras. Adiós, muchacha. (*Despidiéndose de los demás.*) ¡Dios quede con todos!

LUCAS. (*Acompañándole.*)—El vaya contigo.

(*Salen LUCAS y el buhonero.*)

NOEMÍ.—Ya va anocheciendo. Pronto sonará la campana que nos ordena recogernos.

LORENZO. (*Sin moverse, reconcentrado.*)—Madre, sí supe humillarme.

NOEMÍ.—La humillación te hará más fuerte.

(*Vuelve LUCAS.*)

LUCAS.—Ahora, Lorenzo, acompañarás a las mujeres y me aguardaréis en nuestra casa. Yo he de volver al trabajo.

NOEMÍ. (*Por LORENZO.*)—¿No irá contigo?

LUCAS.—Mejor que os acompañe. Para cargar un ataúd vacío no hace falta la fuerza de los jóvenes. Luego el cuerpo, sin alma, pesa poco.

JEZABEL. (*A LUCAS.*)—Vuelvo a tener miedo. ¿Alguien murió?

LUCAS.—Alguien muere siempre. Millones de seres que se extinguen, pero todos caben en la eternidad. El cuerpo es otra cosa.

LORENZO.—¡Millones de muertos caben en la eternidad, pero un ser vivo no tiene sitio entre los hombres! (A JEZABEL.) ¿Sabes por qué? Porque fuimos repudiados. ¡Ni en la danza cabemos!

JEZABEL.—A la orilla del Tarn eran nuestros bailes.

LORENZO.—En tus tierras del Tarn y de los grandes ríos, nos repudiarían también. Porque la maldición va por los aires y cae en todas las tierras. Los hombres decidieron, hace siglos, que la felicidad no fuera repartida. ¡Para guardársela ellos solos, los felices!

JEZABEL.—¿Pero no somos nosotros los felices?

LORENZO.—Nos prohíben serlo.

NOEMÍ.—No conocemos el designio de Dios.

LORENZO.—¡Pero sí el de los hombres!

LUCAS.—Jezabel, has de vigilar tanto arrebató. Lorenzo sueña con otro mundo.

LORENZO.—Con el mismo que pisamos, padre. Para hacerlo distinto.

LUCAS.—¿Podremos variarlo?

LORENZO.—La tierra tomará un día la forma que le demos. No hay más que apretarla con fuerza.

LUCAS.—Se nos puede romper entre los dedos. (*Se oyen unos toques rápidos de campana, muy lejos.*) Escucha: esa campana la mandaron hacer los hombres para llevar la obediencia a todas partes. Se oye en cualquier sitio, por distante que se encuentre, y las gentes ni siquiera se miran sorprendidas, porque todos comprenden su sonido. Es el orden del mundo, el orden de los seres y las cosas que no puede ignorarse. Para nosotros significa que ha terminado la libertad. Id a casa antes de que suene de nuevo.

NOEMÍ.—Sí. Entremos pronto en el barrio. Al segundo toque cerrarán las puertas.

LORENZO.—Vamos, Jezabel. El orden del mundo nos permite volver a nuestra prisión.

JEZABEL.—Soulet irá a estas horas por esos caminos, solo. Ya no tiene perro.

(Salen NOEMÍ, LORENZO y JEZABEL. LUCAS los ve alejarse. Luego se sienta al borde del camino, como si se sintiera de pronto fatigado. Es ya de noche. Por el fondo aparecen MARÍA DE LANZ, INÉS DE AÑO y RUTH ARGANEA.)

MARÍA. (Desde el fondo.)—Lucas...

LUCAS. (Sin moverse.)—¿Quién me llama?

MARÍA. (Acercándose.)—Soy yo, María de Lanz. Vengo a recordarte que hora es ya de que todos descansen. El también.

LUCAS.—Martín ya descansó.

MARÍA.—Pero el cuerpo quedó en el camino, sobre las piedras.

LUCAS.—¿Le viste?

MARÍA.—Corría a verle, pero en la carrera me detuvo Arnut. No pude acercarme. Me quedé por estos montes, mirándole de lejos. Ahora ya es de noche y podré ir contigo. Ruth Arganea me acompaña y también Inés de Añoa.

LUCAS.—Será mejor que entréis en el barrio, antes de que suene de nuevo la campana.

RUTH.—Pasaremos la noche junto a las tapias, al amparo de sus piedras.

LUCAS.—No llevarán el cuerpo al cementerio, que es lugar sagrado.

INÉS DE AÑO. (Rebelándose.)—Fue muerto con violencia. Culpa suya no ha sido si murió en pecado.

LUCAS.—Lo enterrarán en otro lugar, de todos modos.

MARÍA.—Mis rezos le encontrarán.

LUCAS.—Andarás perdida.

MARÍA.—Dios querrá iluminar el pedazo de tierra en que reposa.

INÉS DE AÑO.—Dios ilumina todo lo creado. Por eso

brillan el sol y las estrellas. Son ellos, los hombres, los que hicieron la oscuridad para perdernos.

(Se oye de nuevo, lejos, el toque rápido de la campana. Por el camino del pueblo llega el ujier ARNUT.)

ARNUT.—Os sorprendió fuera del barrio la campana.

MARÍA.—Íbamos a pedirte licencia para pasar la noche fuera del poblado.

ARNUT.—¡Tendréis dispuestos los escudos que la pena señala!

LUCAS.—La pena de María es otra, Arnut; no de escudos.

ARNUT. (A MARÍA).—¿Tenéis el dinero?

MARÍA.—Nada tenemos.

ARNUT.—Haré entonces la denuncia.

MARÍA.—Era mi marido, y éstas son mis vecinas. He de cumplir la vela de difuntos, y que otros llantos me acompañen.

ARNUT.—Bien. Sin seguir el cortejo.

MARÍA.—Sin seguirlo.

ARNUT.—Y sin hacer la ofrenda.

MARÍA.—Sin hacerla.

ARNUT.—Idos, pues.

INÉS DE AÑO. —¿No podremos tampoco hacer la ofrenda? ¡Nos era permitida en los entierros de parientes!

ARNUT.—Pero hoy no habrá ningún entierro. Conviene a todos no olvidarlo.

INÉS DE AÑO. (A MARÍA).—Viuda serás de nadie.

MARÍA.—Más sola todavía.

(Se van las tres mujeres.)

ARNUT.—No tendrás queja ahora. Conozco la ley y sé cómo aplicarla.

LUCAS.—Tú eres siempre justo.

ARNUT.—Lo dices como burla.

LUCAS.—De corazón lo creo. No eres más que justo.

ARNUT.—A mi oficio me atengo.

LUCAS.—No, no es tu oficio ser justo. Pero la ley llevas en la sangre.

ARNUT.—Tú eres en cambio hombre más libre, Lucas. No necesitas licencia de nadie para vivir según tu antojo.

LUCAS.—Vivo, como los demás, sujeto a una obediencia.

ARNUT.—Gran imprudencia ha sido traer a esa muchacha de otras tierras. Supe lo del baile. Por el camino me encontré a los mozos.

LUCAS.—Nada grave pasó.

ARNUT.—Nada grave. Pero la muchacha dormirá en tu casa esta noche.

LUCAS.—Sola está, sin otro amparo.

ARNUT.—Debió entrar de día en el barrio, según está ordenado para los forasteros.

LUCAS.—Llegó al anochecer, después de mucho andar.

ARNUT.—Lo que te dije, Lucas: no necesitas licencia de nadie.

LUCAS.—Sé que cuento con la tuya. (*Disponiéndose a salir.*) Vamos, Martín Lanz nos espera.

(LUCAS emprende la marcha seguido de
ARNUT. Llega corriendo JEZABEL.)

JEZABEL. (*A LUCAS.*)—¡Al fin te encuentro! ¡Corría como ciega!

LUCAS.—¡Jezabel!

JEZABEL.—¡No me dejaron entrar en el barrio!

ARNUT.—¿Lo ves?

LUCAS.—¿Y Lorenzo?

JEZABEL.—Preso quedó, al otro lado de las puertas.

LUCAS. (*Decidido.*)—Voy a ver.

ARNUT. (*Deteniéndole.*)—No vayas. Iré yo. Conviene la prudencia. Haré por ti lo que esté en mi mano.

(*Sale ARNUT.*)

JEZABEL.—Lorenzo me dijo: vuelve con mi padre. El hará lo que mejor proceda.

LUCAS.—No sé lo que es mejor. He de bajar al pueblo. Me espera un viejo amigo que no puedo abandonar. Pero no debo tampoco dejarte sola.

JEZABEL.—Iré contigo.

LUCAS.—No. Sería el riesgo mayor. Podrían separarnos.

JEZABEL.—Te aguardaré aquí, entonces.

LUCAS.—¿No tendrás miedo?

JEZABEL.—No.

LUCAS.—Sí, es lo mejor. Pronto estaré de vuelta. Te traeré noticias de Lorenzo.

(Sale LUCAS. Queda sola JEZABEL. Mira a su alrededor. Poco a poco empieza a asustarle la soledad.)

JEZABEL. *(Llamando, atemorizada.)*—¡Soulet! ¡Soulet!
(Se tranquiliza con su propia voz. Termina por sentarse en una piedra del camino, con gran desaliento.)
¡Me cerraron las puertas! ¡Como a un perro!

T E L Ó N

PARTE SEGUNDA

CUADRO PRIMERO

(Se levanta el telón sobre la escena a oscuras. Sólo un foco ilumina a LUCAS GARDE, sentado en un banco de madera. Habla, con sencillez, a un público invisible que ocupa la sala y el escenario.)

LUCAS.—Desde hace varios siglos, muchos —el ujier Arnut asegura que desde los tiempos de la Biblia— fuimos tenidos por gente como de mala condición. Se nos llamó de diferentes modos. Para unos, “agote” quería decir hombre hereje, o leproso, o fugitivo de las hordas sarracenas. Para otros, “cristiaas”, que también nos llamaban, podía haber significado persona de grandes fervores religiosos, como parece dar a entender el nombre, lo que nos hubiera beneficiado bastante, y nos habría librado de la más peligrosa de las acusaciones: la de iluminados o gente milagrera. Pero alguien, más sabio, supo demostrar que el nombre de “cristiaas” referíase únicamente a aquella cresta, señal roja infamante que en un principio marcaba nuestra carne.

(La escena se ilumina. Es el taller de carpintería en casa de LUCAS. Pocos mue-

bles y utensilios, pero todo en desorden. Escuchan a LUCAS, atentamente, el VIEJO BAIGORRI, MARÍA DE LANZ, JUANES IBARGOI, INÉS DE AÑO A y RUTH ARGANEA.)

EL VIEJO BAIGORRI.—En tiempos de revueltas, allá en mi juventud, se quemaron los libros parroquiales y los registros de nombres señalados con una cruz, que tanto daño nos hicieron.

LUCAS.—Sí, todo desapareció. Menos la leyenda.

INÉS DE AÑO A.—A veces me pregunto: ¿quiénes somos? ¿Por qué se nos obliga a un vivir apartado?

LUCAS. (*Con suave ironía.*)—¿Por qué se nos concede el privilegio de morir apartados también?

RUTH.—Dicen que somos gente entristecida. Verdad es que las humillaciones no han podido alegrarnos.

JUANES IBARGOI.—Somos seres humanos.

EL VIEJO BAIGORRI.—Hay quien asegura que no lo somos, quien dice que, en vez de pelo, nos nace como un plumón muy rubio, y que nuestras uñas, al rcer, se nos clavan en las manos, que así en pezuñas se nos tornan.

LUCAS.

“Para reconocer a un “agotack”
mira primero sus orejas:
una es mayor, y la otra por igual
redonda es y de pelo está cubierta.”

(Todos ríen.)

MARÍA.—Hay juicios más graves. Nos tienen por brujas o hechiceras, sobre todo cuando los grandes calores, en que la noche invita a ir por el aire.

LUCAS.—¿Eres bruja, María?

MARÍA.—De noche al campo ya no salgo en busca de Martín. Perdí su cuerpo para siempre.

INÉS DE AÑO A.—¿Y no fuiste al pueblo en demanda de justicia?

LUCAS.—Mejor es, Inés, no demandar justicia.

INÉS DE AÑO A.—La ley nos ampara por igual.

LUCAS.—Pero un solo testimonio de ellos vale por cinco

de los nuestros. ¿Sabes por qué? Porque no somos tejedores, ni herreros, ni carpinteros. Trabajamos la piedra y el cordel, pero tampoco somos picapedreros ni cordeleros. Somos los antiguos soldados de Alarico, derrotados en Poitiers hace más de diez siglos. No hemos podido fundirnos porque ellos son el oro, que no se liga con los demás metales.

EL VIEJO BAIGORRI.—De aquel ejército albigense sospechan otros que venimos. Las armas católicas nos empujaron hasta aquí.

JUANES IBARGOL.—O la lepra, cuando se extendió.

LUCAS.—Moros o judíos, herejes o leprosos, estos sí debieron de fundirse, porque eran bajos metales, hasta formar una sola casta: la nuestra.

INÉS DE AÑO A.—¿Lo crees en verdad?

LUCAS.—Verdad o mentira, fue lo único que me enseñaron. *(La escena es oscurece para quedar sólo iluminada, de nuevo, la figura de LUCAS. Este sigue hablando como al comienzo del cuadro.)* Luego las costumbres hiciéronse más suaves y la señal se recortó en un paño rojo que había sólo de adornarnos el vestido. En nuestro valle, con el tiempo, tomó la forma de un pie de pato. En algo, por lo pronto, estuvieron siempre todos de acuerdo: en separarnos de los demás. *(Hace una gran pausa, como si recordara.)* Este gafo mezquino, dice el Fuero, que no pueda valerse con lo suyo, vaya a demandar limosna por la villa, pero demándela fuera de las puertas con sus tablas. Y no haya solaz con niños ni con hombres cuando pida limosna, que no habiendo solaz, ni daño viniera, el gafo no será culpado.

(La escena vuelve a iluminarse. Frente a LUCAS, ante una mesa del taller, están sentados los vecinos TRISTÁN DE ARIZ y HERNÁN DE MUGARI. Junto a la mesa, de pie, el ujier CAXAR ARNUT con un rollo de papeles bajo el brazo. Por la puerta del fondo, y por la ventana lateral que da también a la calle, asoman las gentes del barrio, que siguen con

atención la escena. INÉS DE AÑO A y RUTH ARGANEA entre las mujeres. Los otros personajes han desaparecido.)

ARIZ.—No sois del valle. No estáis sujetos a tierra alguna. Aquí llegásteis por todos los caminos.

LUCAS. (*Señalando a los curiosos.*)—Pregunta a esos quiénes somos.

(Se hace un silencio. INÉS y RUTH, sin moverse, dicen sus versos como una salmodía.)

RUTH.—Hijos somos del Padre Adán.

INÉS.—Como a los demás Dios nos ha creado.

RUTH.—No somos por El rechazados.

INÉS.—Trabajamos para comer el pan.

RUTH.—Y para llegar más tarde al cielo.

(Hay unos rumores apagados en los grupos de la calle.)

ARNUT.—¡Silencio!

ARIZ.—Veamos la información. (*ARNUT le entrega el rollo de papeles, que ARIZ hojea unos instantes.*) Yo te pregunto, Lucas: quisiste casar a tu hijo con mujer forastera, ¿no es cierto?

LUCAS.—Sólo a mí correspondía la elección.

ARIZ.—Pero olvidaste dar parte al Consejo.

LUCAS.—Iba a hacerlo cuando de mí la separásteis.

MUGARI.—Antes pretendiste entrarla de noche en el barrio, en tu casa.

LUCAS.—No había sonado el toque de retiro.

MUGARI.—Pero era de noche.

LUCAS.—Sí, eso es verdad. Pero no tenía otro asilo que ofrecerle. Allá, en el solar, entre las tablas de los muertos y la horca, no me pareció lugar de bienvenida.

ARIZ.—Olvidaste también la epidemia, que de sus tierras traen los viajeros.

LUCAS.—Su licencia de viaje estaría en orden, si hasta aquí llegó.

MUGARI.—¿Viste la licencia?

LUCAS.—No.

MUGARI.—No traía ninguna.

ARIZ.—Dime, Lucas: ¿a dónde fuiste a buscar la prometida?

LUCAS.—Yá os lo he dicho: al otro lado de estos montes.

ARIZ. (*Después de consultar sus papeles.*)—Siete días lleva en observación, sin que se manifieste síntoma de mal. Pero nos amenaza con castigos graves si en el encierro continúa.

LUCAS.—¿Tiene poder para tanto?

MUGARI. (*Bruscamente.*)—Eso venimos a preguntarte.

(*Se hace un breve silencio.*)

ARIZ.—Oigamos ahora lo que supiste, Arnut.

ARNUT. (*A LUCAS.*)—Hasta tí habrán llegado los rumores que corren por el barrio. Tuvieron su origen, aseguran, en ciertas palabras oscuras que al parecer dijo la muchacha, y que Lorenzo repite.

LUCAS.—No oí palabras oscuras a Lorenzo, sino claras.

ARNUT. (*Señalando la mesa.*)—Para la Junta de vecinos, no tan claras. Dijo la muchacha...

ARIZ. (*Lee en los papeles.*)—“Viniéndole a las manos una piedra de gran valor, no vendió cuanto tenía para comprarla.”

ARNUT.—“No vendió”. ¿Has entendido?

LUCAS.—Sí.

ARNUT.—¿Qué quería decir?

LUCAS.—No hay misterio en la frase.

ARIZ.—Sí lo hay.

ARNUT.—Luego habló de un mercader que trataba en piedras finas. ¿Le conoces?

JUCAS.—Me pareció entender, al despedirnos, que Soulet, el buhonero, le había hecho regalos.

MUGARI.—No hablaba de Soulet, Lucas. Tú lo sabes.

ARNUT.—No, no hablaba de Soulet. Vino con él, lo sabemos, pero Soulet no vende piedras finas.

LUCAS.—Otro sería. Por los caminos van ricos y pobres.

ARIZ.—Dijo la muchacha: *(Lee.)* “Era un hombre llamado Juan.” ¿Lo recuerdas?

LUCAS.—No.

ARIZ.—Junta ahora unas frases con otras. Mezcladas se aclararán.

LUCAS.—No hay ninguna oscuridad en ellas.

ARNUT.—Sin embargo, no aciertas a descifrarlas.

LUCAS.—¿He de dárles algún otro sentido?

ARIZ. *(Severo.)*—Palabras son del Evangelio, que no deberás olvidar.

LUCAS.—Palabras son todas, hasta las más santas. Sólo puede revelar su secreto quien las dice.

ARIZ.—Jezabel.

LUCAS.—No. Jezabel no sabe de misterios. Las palabras son para ella como su propio respirar. Las dice al aire, y en el aire se quedan. Edad no tiene para pensarlas ni medirlas.

ARIZ.—¿Acaso una iluminada?

LUCAS.—Tampoco. Es como un niño que juega. Su fantasía pone sólo en lo que toca. No sabe de otro mundo.

ARNUT. *(Dirigiéndose a los grupos del barrio.)*—¿Lo oís? No sabe de otro mundo.

INÉS. *(Sin gestos, como un rezo.)*—Desde que aquí llegó sanaron los enfermos.

RUTH. *(En el mismo tono.)*—El viento de la fiebre se calmó.

INÉS.—Volvió al cuerpo la salud y la paz a los ánimos.

ARIZ. *(A LUCAS.)*—Ya oyes a esas mujeres. Para ellas tiene poder de curación.

(Aparece por el fondo, enlutada, MARÍA DE LANZ. Cruza los brazos sobre el pecho al entrar en la casa.)

MARÍA. *(A LUCAS.)*—¡Ya llega! ¡Libre la dejaron!

LUCAS.—¿Jezabel?

MARÍA.—Medió el señor de Ursúa y el señor Presbítero también. En libertad quedó y aquí la traen.

LUCAS.—¡Alabados sean!

(Sale LUCAS, seguido de RUTH, INÉS y los demás. Quedan en escena MARÍA, ARNUT, ARIZ y MUGARI.)

ARNUT.—¿Qué haces fuera de tu casa, María de Lanz?

MARÍA.—Supe la libertad de la muchacha, y a la calle salí.

ARIZ.—Poco duró tu duelo. Apenas unos días

MARÍA.—Mi duelo no termina con días, ni con años. Vive conmigo, Pero no lo ahuyenta Jezabel, sino que en mí lo alivia.

MUGARI.—¿Cómo puede aliviarlo?

MARÍA.—Con sus manos.

MUGARI. (*Riendo.*)—¿Poco consuelo necesitas!

MARÍA.—El me basta.

ARNUT.—¿Conoces a la muchacha?

MARÍA.—No.

ARNUT.—¿Cómo fías, pues, en su consuelo?

MARÍA.—Llegó aquel día, al atardecer de aquel día en que llevaron a Martín a un lugar sin nombre. Hube entonces de encerrarme en el hogar, al que venían a llorar las buenas gentes. Ellas me contaron. Volvía el pueblo al trabajo, curaban los enfermos, la fiebre se enfriaba cada día. Prodigios que hizo la muchacha con su sola presencia.

ARIZ.—¿Y creíste a la gente?

MARÍA.—Lo vieron después mis ojos, lo han visto esta mañana. Salí con un solo pensamiento. Si aquel día de su llegada fue el pueblo bendecido, el alma de Martín pudo salvarse. La Gracia se derrama como el agua en libertad.

ARIZ.—¿Llegó el agua hasta ti para aliviar tu duelo?

MARÍA.—¡De sus manos rebosa! (*Mira por la puerta del fondo.*) ¡Aquí llega en silencio, despacio, por todos rodeada! Las bendiciones le impiden el paso más ligero.

(*Queda MARÍA en la puerta.*)

ARNUT. (*A los vecinos.*)—La epidemia acabó, pero otra fiebre brota en el barrio.

MUGARI.—Más peligrosa porque daña al alma.

ARIZ.—En el pueblo hablarán también de estos prodigios.

ARNUT.—Siempre hay contagio.

(*Por el fondo llega LUCAS, conduciendo de la mano a JEZABEL. Detrás vienen LORENZO, NOEMÍ, RUTH ARGANEA, INÉS DE AÑO A y las gentes del barrio.*)

LUCAS. (*Deteniéndose al entrar.*)—Esta es la casa, Jezabel. En ella se entra por un lugar de trabajo para que sepa el visitante adónde llega. (*Señala una puerta.*) Allí dentro está el hogar, el sagrado de la familia. En él debes entrar de la mano de Lorenzo.

(*Da la mano de JEZABEL a LORENZO, que se dirige hacia el interior con la muchacha. Los siguen NOEMÍ, INÉS y RUTH, formando cortejo. MARÍA DE LANZ se arrodilla ante los novios, que se detienen, y muestra con humildad sus manos a JEZABEL.*)

MARÍA.—Derrame la prometida sus gracias en mis manos y bendiga mi soledad.

(*JEZABEL se separa de LORENZO y ayuda a MARÍA a incorporarse.*)

JEZABEL.—¿Qué dices? Yo no puedo bendecir.

MARÍA.—He de atender a mi casa. Viuda y sin hijos soy.

JEZABEL.—¿Cómo te llamas?

MARÍA.—Ni nombre me dejaron. Viuda dicen que soy de quien no sé ni en qué lugar reposa.

JEZABEL.—¿Murió acaso en pecado?

MARÍA.—Perdí su cuerpo, pero no la esperanza. Tú salvaste mi fe.

JEZABEL.—¿Yo?

MARÍA.—Dame tus manos.

(Coge las manos de JEZABEL y las besa. Luego sale, rápidamente.)

MUGARI. (A ARNUT.)—Mal comienzo de esponsales. La muerte detuvo al cortejo.

JEZABEL. *(Desconcertada.)*—¿Por qué me besó las manos?

NOEMÍ. *(Con un vago temor.)*—Quedaron las vuestras desunidas.

LORENZO.—No importa, madre. *(Toma de nuevo la mano de la muchacha, que le sonríe, confiada.)* Bienvenida, Jezabel, a nuestra casa.

JEZABEL.—En ella me recibas.

(Salen JEZABEL y LORENZO hacia el interior de la vivienda, seguidos de NOEMÍ, INÉS y RUTH.)

ARNUT. *(Dirigiéndose a los grupos de curiosos.)*—Id ahora a vuestras casas y poned cuidado en lo que habláis. Pueden castigaros nuevos males.

(Los grupos se dispersan en silencio y desaparecen por la calle.)

ARIZ.—Gran novedad es para el pueblo, Lucas. Tienes al fin contigo a la muchacha.

LUCAS.—Bondad ha sido del señor Vicario, y del señor de Ursúa también, que nos protege.

ARNUT.—Gustas siempre de sorprendernos. A Lorenzo diste tu autoridad de padre. El trajo a la prometida.

LUCAS.—Con Noemí, cada mañana, iba a aguardar su libertad. Justa fue la recompensa.

ARNUT.—Otra tuvo mayor. Juntaste sus manos sin ceremonia de esponsales.

LUCAS.—La ley no lo prohíbe.

ARNUT.—Pero sí la costumbre. *(LUCAS se encoge de hombros.)* Tampoco has entrado a encender el hogar. **Está ya prendido.**

LUCAS.—Noemí lo habrá hecho. Tiene también autoridad. Hubo en tiempos, incluso, un matriarcado en estos valles.

ARNUT.—Nunca fue ley.

LUCAS. (*Remedándole.*)—Pero sí la costumbre.

MUGARI.—Te burlas, Lucas.

ARIZ.—Malos días los que corren para jugar con las creencias.

LUCAS.—¡A todo llamáis creencias! Son otros mis cuidados.

ARIZ.—¿La boda de la muchacha?

LUCAS.—No. Sus prodigios.

ARIZ.—Maravillados hemos quedado al verlos.

LUCAS.—No he visto yo ninguno. Por eso es mi cuidado.

ARIZ.—Sabemos que hoy te niegas a ver nada. Ni palabras, ni hechos. Cierras los ojos para estar tranquilo.

LUCAS.—Tranquilo estoy.

ARIZ.—En tu sosiego te dejamos. Completa está la 'n-formación.

(Salen los dos vecinos. LUCAS, con aire preocupado, empieza a ordenar los pocos utensilios y muebles del taller, sin poner gran atención en lo que hace. ARNUT lo observa.)

ARNUT. (*Tras una pausa.*)—No es esta ocasión de cuidar el taller, sino la casa.

LUCAS.—Todo es la casa. (*Mira a su alrededor.*) Poco en ella nos dejaron.

ARNUT.—Tuviste suerte, Lucas. (*Señalando por la ventana.*) Allá arriba, en el solar, conservas la herramienta del trabajo, que traerás ahora al taller, pasada la epidemia.

LUCAS. (*Mirando por la ventana.*)—Sí, allí quedó. Buena reserva de ataúdes. Para mucho tiempo.

ARNUT.—Me refería a la herramienta.

LUCAS.—Claro. Con ella podré ganarme el pan y entretener mis ocios. Haré útiles para el campo, para ahondar la tierra, que todo lo rompe, y haré objetos de madera para las mujeres y los niños, que los rompen

también. (*Vuelve a señalar por la ventana.*) Pero mi gran obra está allí. Mi obra maestra.

ARNUT.—¿La horca?

LUCAS.—Todo lo que hice. No cabría en este taller.

(*NOEMÍ ha salido del interior y escucha las últimas frases.*)

NOEMÍ.—Has de pensar más en los vivos, en tus hijos.

LUCAS.—En ellos pienso.

NOEMÍ.—Has de aprovechar el buen momento para la boda.

LUCAS.—¿Cuál es el buen momento?

NOEMÍ.—Este de Jezabel. Todos la veneran.

LUCAS.—Sí, ese es el peligro.

NOEMÍ.—¿El peligro?

ARNUT.—¿Qué quieres decir?

LUCAS.—Oigo hablar de prodigios, de palabras oscuras, de señales que no entiendo. No es la ley, Arnut. Es otro mandato que no está escrito. En adelante, ni los actos, ni siquiera los gestos de la muchacha le pertenecerán. Son ya de los otros. Harán con ellos lo que quieran.

NOEMÍ. (*Temerosa.*)—Nada que le dañe podrán hacer.

LUCAS.—Un día, Noemí, esperarán el milagro.

NOEMÍ.—Fuera gran herejía.

LUCAS.—Lo han esperado siempre. Es su único sueño.

ARNUT.—Vuelve del tuyo, Lucas, y olvida el de los demás. La ley se encargará hasta de los sueños. De la boda hemos de hablar.

LUCAS.—¿Ahora?

ARNUT.—Si pronto ha de celebrarse...

LUCAS.—Pero los hijos nos esperan.

ARNUT.—De ellos se trata.

(*LUCAS mira en silencio a NOEMÍ, que se inclina y sale.*)

LUCAS.—Te escucho, Arnut.

ARNUT.—Llegó sola la muchacha. No habrá, por lo tanto, asamblea de parientes.

LUCAS.—No.

ARNUT.—Primer requisito que nos falta. Tendrá, en cambio, fiador de arras.

LUCAS.—Tampoco. No hay disfrute de bienes. Nada tienen los dos. La herencia de mis ataúdes si fallezco, menos uno.

ARNUT.—Todo ha de estipularse. Un quinto, y a veces un tercio de la herencia ha de aplicarse a la salud del alma.

LUCAS.—Sea también mi voluntad.

ARNUT. (*Contrariado.*)—No hay fiador de bienes. Otro requisito que no cumples.

LUCAS.—¡Son tantos!

ARNUT.—En cuanto al lazo indisoluble, ¿quién lo ffa?

LUCAS.—Es costumbre en desuso. Atengámonos a la Iglesia.

ARNUT.—Ya te advertí mis temores. El pueblo se opone a toda ceremonia. La iglesia habéis contaminado.

LUCAS.—La iglesia jamás se contamina. Es lugar de sacramentos.

ARNUT.—Pero reunión del pueblo también.

LUCAS.—Entrada aparte tenemos, y el agua bendita hemos de tomarla con las tablas. El sacerdote recoge la ofrenda acercándose a la puerta, para que no pasemos al interior del templo. No se nos da la paz, ni la ceniza de los miércoles. Nuestro pan no se mezcla en las obladas, ni en Viernes Santo se nos permite adorar la Cruz. Oímos, en fin, la misa fuera de la iglesia, bajo el sol y la lluvia, mal cubiertos. ¿Cómo hemos podido contaminarla?

ARNUT.—Son medidas ordenadas por el pueblo, aunque contrarias a nuestra Santa Religión.

LUCAS.—El Santo Padre prohíbe estas ofensas.

ARNUT.—Pero la bula no se ha publicado. ¿Comprendes ahora mis temores?

LUCAS.—Si los uno a los míos, te confieso, Arnut, que me pierdo en confusiones.

ARNUT. (*Confidencial.*)—Los antiguos tenían el derecho secular, que practicaban fuera de la iglesia. Podían los hidalgos hacer un matrimonio disoluble, para re-

pu diar a sus mujeres. Los villanos también, mediante la ofrenda de un buey a su señor.

LUCAS.—¡Cuánta sabiduría! ¡Cuántas leyes! ¡Y esos pobres muchachos que ahí esperan, ignorantes de tanta protección!

ARNUT.—Quedas advertido. Ahora te corresponde hablar con ellos.

LUCAS.—No sabría qué decirles.

ARNUT.—Libre ya la muchacha, tu decisión aguardo.

LUCAS.—Esperaré, Arnut. Seguiré esperando.

(Sale ARNUT. Por la puerta lateral asoman JEZABEL y LORENZO.)

JEZABEL. (*Desde la puerta.*)—¡Poco calor el del hogar si falta el padre! (*Acercándose a LUCAS.*) Venimos aterridos.

LUCAS.—Hablaba con Arnut de vosotros, de vuestra boda.

JEZABEL.—¿Cuándo será?

LUCAS.—Fueron siempre difíciles estas bodas nuestras.

Aunque sólo nos autorizan a contraer matrimonio entre nosotros, no por eso son menores los obstáculos llegado el momento de celebrarlo. Surgen leyes olvidadas, antiguos vestigios de otros tiempos. Más que en el cumplimiento de estos preceptos piensan en las dificultades de cumplirlos. De este modo hacen cuanto pueden para lograr el viejo sueño que ambicionan: que la raza se extinga.

JEZABEL. (*Riendo.*)—¡Somos ya muchos! ¡Seres malditos hay en todas partes!

LUCAS.—Por eso podemos buscarlos fuera de este valle, siempre que sean de la misma condición.

JEZABEL.—¡Como yo!

LUCAS.—Como tú, si a ella te sujetas.

JEZABEL.—Nací en tierras de Albi, a la sombra del Santo Tribunal.

LUCAS.—Pues no lo olvides. Aún hemos de aguardar mejores días para vuestra boda. Estos andan revueltos.

LORENZO.—¡Tardarán en aquietarse!

LUCAS.—El miedo no se ahuyenta como la fiebre. Es más profundo.

LORENZO.—Por eso hay que arrancarlo.

LUCAS. (A JEZABEL.)—Triste debió de parecerte el barrio esta mañana.

JEZABEL.—No. La calle estaba inundada de sol. Todos mostraban gran alegría al verme. Venía contenta, como si en sueños anduviera. Soñaba con vosotros.

LUCAS.—Venías, sin embargo, a la casa de un pobre carpintero. Soulet ya me advirtió de tus fantasías.

JEZABEL.—¡Soulet! El no vendrá a la boda. Seguirá andando, andando, por esos caminos.

LUCAS.—¿Te referías a él cuando hablaste, según dijeron, de una piedra de gran valor?

JEZABEL.—No.

LUCAS.—Llegaron a mis oídos unas frases tuyas, sin malicia. Pero alguien empeñóse en darles un oculto sentido.

JEZABEL.—¿Qué frases?

LUCAS.—Apenas las recuerdo. No sé quién que no vendía para poder comprar. Palabras que se dicen al hilo del momento, pequeños sucesos que se narran. Pero siempre habrá oídos que recelen que algún secreto encierran.

JEZABEL.—Ningún secreto.

LUCAS.—¡Habías de escucharles! Graves acusaciones escondieron. ¡Como si el hablar de una muchacha, sin intención de daño, pudiese encubrir una amenaza!

JEZABEL.—Admonición sí había.

LUCAS.—¿Qué dices?

JEZABEL.—Repetí palabras de San Mateo, según me enseñaron. (Como quien recita una lección.) "Semejante es también el reino de los cielos a un mercader que trata en piedras finas. Y viniéndole a las manos una de gran valor va y vende cuanto tiene para comprarla."

LUCAS.—Sí, esas eran las palabras.

JEZABEL.—Pero ellos no querían vender. Fueron malos conmigo. Por eso vendrán los ángeles a separarlos de los justos.

LUCAS.—Jezabel, ¿te atrevistes ante ellos a citar libro sagrado?

JEZABEL.—Me irritaron. Hablaban del Santo Patrono de este lugar, y de las fiestas, y del peligro de contagio de los que aquí llegábamos. Yo les recordé que el Bautista era el enviado del Señor, y se llamaba Juan, y fue el primero que aquí llegó.

LUCAS.—Se perdieron en conjeturas para explicarse tus palabras, y con ellas trataron de envolverme.

JEZABEL.—¿Qué te hicieron?

LUCAS.—Interrogarme en vano.

LORENZO.—¡Vejarte, humillarte, hacerte sentir los hierros en las manos, maniatado!

LUCAS.—Mis manos son fuertes. Resisten bien el daño.

JEZABEL.—Pero yo no quise que te lo causaran.

LORENZO. (A LUCAS.)—A veces fingen quererte, y hasta respetarte, pero en el fondo les inquieta que nada les pidas. Porque nada te pueden dar.

LUCAS.—Y todo nos falta.

LORENZO.—Nada de ellos.

LUCAS.—Es orgullo lo que sientes, Lorenzo.

LORENZO.—¿Orgullo? ¡Y me someto, y estoy en mi trabajo, y acato la voluntad de los demás! No, no es orgullo. Pienso en nosotros, en los que vivimos sin amparo. No quiero leyes que no entiendo, sino una justicia más clara.

JEZABEL.—Los que me seguían, al venir, hablaban de no sé qué prodigios.

LORENZO.—Es mucha la miseria, y poca la esperanza de remediarla. Buscan a ciegas el consuelo.

JEZABEL.—¿No basta el consuelo?

LORENZO.—Para vivir, no basta.

(Se oye, a distancia, el rezo de una multitud.)

LUCAS. *(Que se ha acercado a la puerta del fondo.)*—¡Escuchad!

(Todos atienden. Por la puerta lateral entran NOEMÍ. Luego, INÉS y RUTH.)

NOEMÍ. *(Entrando.)*—Esos rezos...

LORENZO. (*Que se ha unido a su padre.*)—Lejos se oyen.

INÉS.—La mañana fue de holgar, y no de penitencia.

LUCAS. (*A LORENZO.*)—Algo ocurre en el barrio.

LORENZO.—Nada se ve.

JEZABEL. (*Que forma grupo aparte con las mujeres.*)—
Los rezos llegan por el aire.

(Se hace una nueva pausa, en la que apenas se escucha ahora el rumor lejano de las voces, casi extinguido.)

NOEMÍ.—De nuevo se alejan.

RUTH.—Hacia el campo el aire los llevó.

INÉS.—Ya no se escuchan.

JEZABEL.—Yo sigo escuchándolos, como si dentro de mí los oyera.

RUTH.—Alabada seas, que los guardas en tu corazón.

LUCAS. (*Mirando hacia afuera.*)—Ahora llegan los primeros grupos.

(Vuelven a oírse los rezos con más claridad.)

LORENZO.—Ya los veo. Van juntándose todos.

(LUCAS se acerca a JEZABEL.)

LUCAS.—Pronto estarán aquí.

JEZABEL.—¿A qué vienen?

LUCAS.—María de Lanz los guía. De ti les ha hablado.

JEZABEL.—¿Qué pudo decirles?

LUCAS.—Cuanto imaginó en su soledad. Desde que tú llegaste le prendió la locura. A nadie ocultó sus desvaríos. Sola se encontraba, y ahora todos la siguen.

JEZABEL.—¡Ningún daño querrán hacerme!

LUCAS.—Escucha, Jezabel: mal augurio si las aguas se juntaron. Nada podrá ya detenerlas. (*Señala la puerta lateral.*) Aguardarás ahí dentro, sin mostrarte, aunque a voces te llamen.

JEZABEL.—¿Quién me llamará?

LUCAS.—Una voz, primero, gritará tu nombre; luego otra, y otra. Todas, de pronto, lo repetirán.

JEZABEL.—¿Por qué?

LUCAS.—Ni siquiera lo saben. Necesitan un nombre y han elegido el tuyo.

JEZABEL.—¿Qué quieren de mí?

LUCAS.—No lo saben tampoco. Pero te pedirán algo que les falta, y que tú no podrás darles.

LORENZO. (*En la puerta.*)—Ya se incorporan, en alto los brazos, como si imploraran. Aquí se encaminan.

(NOEMÍ se dirige hacia la puerta, seguida de INÉS y RUTH.)

LUCAS.—No salgais.

NOEMÍ.—Hemos de recibirlos.

LUCAS.—No. Cierra puertas y ventanas. No han de entrar. (*Toma la mano de JEZABEL.*) Esta es tu prometeda, Lorenzo. La perderás si aquí entran.

LORENZO. (*Acercándose a JEZABEL.*)—Conmigo está amparada.

LUCAS. (*A NOEMÍ.*)—¡Cierra, te digo!

(NOEMÍ, INÉS y RUTH cierran la puerta y la ventana.)

NOEMÍ.—Pasarán de largo.

INÉS.—Se detendrán ante la casa.

JEZABEL. (*Que ha escuchado un momento.*)—Ya llegan.

LUCAS. (*Tras una pausa.*)—Están ante la puerta. Se han detenido.

NOEMÍ.—¿Rezan?

LUCAS.—No lo sé.

NOEMÍ.—¿Olvidaste tus rezos?

LUCAS.—Mil veces he oído esos rumores, pero no acierto a descifrarlos.

NOEMÍ.—No hay más que una oración.

LUCAS.—Rezaadla vosotras.

(*Las mujeres se arrodillan para rezar.*)

LORENZO.—Padre, ¿por qué ordenaste cerrar la casa?

LUCAS.—Creía alejar el peligro.

UNA VOZ. (*Fuera, gritando.*)—¡Jezabel!

OTRA VOZ. (*Llamando también.*)—¡Jezabel!

(JEZABEL se incorpora y mira a LUCAS. Afuera, las voces van repitiendo el nombre hasta gritar juntos: "¡Jezabel! ¡Jezabel!" JEZABEL se dirige hacia la puerta.)

LUCAS.—¡No abras!

(JEZABEL se detiene. Las otras mujeres han dejado de rezar y se incorporan también, desconcertadas. Las voces se callan de pronto. Hay un nuevo silencio. Luego, distintas voces dan comienzo a las imploraciones y lamentos, mientras se oye golpear la puerta con impaciencia.)

UNA VOZ. (*Fuera.*)—¡Salva a mi hijo, Jezabel!

OTRA VOZ.—¡Devuelve la vista a mis ojos! ¡Tú lo puedes!

UNA VOZ.—¡Con sólo poner tu mano sobre su frente, mi hijo sanará!

OTRA VOZ.—No nos niegues el milagro.

UNA VOZ.—¡Socórrenos!

OTRA VOZ.—¡Jezabel!

(JEZABEL ha ido retrocediendo, poco a poco, hasta abrazarse a LUCAS, llorando. Aumentan los golpes en la puerta.)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El solar del cuadro primero en el comienzo de la obra.
La horca ha desaparecido

(Nadie en el recinto cerrado. Tras los muros, medio ocultos, los vecinos lanzan sus imprecaciones hacia la barraca.)

UN VECINO.—¡Si es verdad que curas todos los males, ven a curar el mío!

(Risas.)

OTRO VECINO.—¿No dicen que eres milagrera? ¡Pues al a hacernos un milagro!

UNA VECINA.—¿Cuál prefieres? ¿El de los panes y los peces?

UN VECINO.—¡Calla, mujer, que el mar está muy lejos!

UNA VECINA.—Pero tenemos el río, que envenenó la fragua.

OTRO VECINO.—¡Si de allí saca un pez vivo, milagro sería!

(Más risas.)

OTRA VECINA.—¡No eres más que una bruja! ¡Por eso te escondes!

UN VECINO. *(Con sorna.)*—¡No la llames bruja, que llo-

rará de rabia! ¡Al pueblo ha amenazado con cástigos!

UNA VECINA.—¡Morirás en la hoguera!

OTRO VECINO.—¡El fuego no la prende! ¡Está santificada!

OTRA VECINA.—¡Lo apagaré con sus manos, que todo lo pueden!

UN VECINO. (*Arrojando una piedra a la barraca.*)—¡Sal a apagarme el calor del cuerpo!

(Los vecinos, entre risas, arrojan piedras a la barraca. Por el fondo llegan LUCAS y ARNUT. Al verlos, los vecinos huyen en todas direcciones.)

ARNUT. (*A los que huyen, gritando.*)—¡Paraos a la entrada del barrio! ¡Lo que allí veréis es para todos! ¡Advertidos quedáis! (*LUCAS ha entrado despacio en el recinto y se ha detenido, de espaldas a la barraca, ante el lugar que ocupaba la horca. Mira el suelo con fijeza, como ensimismada. La puerta de la barraca se abre y aparecen JEZABEL y NOEMÍ. Las dos se sientan, en silencio, al pie de la puerta.*) Daré parte al Consejo. Aquí os hemos traído para cortar el alboroto. Preciso es calmar los ánimos. ¡Pero si suben hasta aquí...! (*Tras una pausa.*) ¿Me escuchas?

LUCAS. (*Sin levantar la vista del suelo.*)—Sí, te escucho siempre.

ARNUT.—No he de disculparlos. Han de guardarse de subir. Sólo la Junta puede hacerlo. Esa es la orden. Hemos llevado la horca al pueblo para que sirva de advertencia.

LUCAS. (*Mirando a ARNUT.*)—¿De advertencia, a quién?

ARNUT.—Primero a vosotros, los del barrio, que fuisteis los causantes del escándalo. ¡Tanto celebrar de prodigios llenó las calles de oraciones!

NOEMÍ. (*A JEZABEL.*)—Ya oyes a Arnut. Fue escándalo rezar.

ARNUT.—Se reza a las Santas Imágenes, en la iglesia, no a cualquier desconocida.

JEZABEL. (*Humildemente.*)—A mí no me rezaban.

ARNUT.—Llegó noticia al pueblo de tus milagrerías. Empezaron de nuevo los disturbios.

JEZABEL.—Hasta aquí subieron con sus gritos.

ARNUT.—Para ellos es también la advertencia. La horca colocamos entre el pueblo y el barrio, para las dos justicias. ¿No es así, Lucas?

LUCAS.—Así es. Ahora nos separa igual peligro. Aunque puede que al final nos junte.

ARNUT.—Instrumento de muerte sería la horca para el que lo intentara.

LUCAS.—Instrumento de tortura en el Oriente era también la Cruz. Debieron de mirarla con horror en los primeros tiempos.

ARNUT.—¡Deja tus sueños, Lucas! No habrá mezcla de sangres.

LUCAS.—¿Hará falta más sangre?

ARNUT.—Te digo, Lucas, que sólo hace falta obediencia. Cada cual en su sitio.

LUCAS.—Sí, los tres mundos separados. Lo recuerdo. Este será mi sitio, cuando aquí vuelvo.

ARNUT.—Por tu bien. Había que alejaros de vuestra casa. Aquí no subirán los tuyos con sus plegarias, ni al pueblo darán motivo para nuevo alboroto. La horca también está en su sitio.

LUCAS.—Sí, en todo se ha pensado. Menos en nosotros. Los unos rezan y los otros gritan. Y a nosotros nos han traído aquí, donde nada hacemos.

ARNUT.—Déjalos gritar y rezar. Tú das el buen ejemplo. Como si nada oyeras.

LUCAS.—Pero entrarán de nuevo en el barrio y la ira volverá a desatarse.

ARNUT.—Tú estarás con los tuyos.

LUCAS.—¿Quiénes son los míos?

ARNUT.—Tu mujer, los hijos...

NOEMÍ.—Falta Lorenzo.

ARNUT.—Es el que más me inquieta. ¿Dónde está?

LUCAS.—¿Dónde están los demás, dónde están todos? Dices bien. Nada se oye.

NOEMÍ. (A ARNUT.)—Temprano salió de la casa. Pretendía hablar al señor Arcediano.

ARNUT.—¡Condenada boda! ¡Dios me perdone! Acércate, ven acá, Jezabel. Sin temor. (JEZABEL se incorpora, da unos pasos y se detiene.) Acércate más, que no me manchas. Ya ves: te toco con mi mano. (Le toca ligeramente en un brazo. JEZABEL se estremece.) ¡Por qué tiemblas?

JEZABEL.—No lo sé.

ARNUT.—Has venido a casarte. No lo olvido. Pero he pensado que ningún lugar más apropiado que éste, donde el padre trabaja, para recibir las bendiciones.

JEZABEL.—¿Aquí?

ARNUT.—Hay espacio para todo; para la ceremonia y el convite.

JEZABEL.—Pero éste no es lugar sagrado. ¿Y el altar?

ARNUT.—Ahí dentro, en la barraca. No sería difícil de improvisar con tan buen carpintero. Bastaría una licencia.

LUCAS.—Sí, podría hacer un buen altar, con sólo tres ataúdes apilados. Los demás que sobraran podrían también servir de asientos. Seremos muchos en la ceremonia.

JEZABEL. (Como un reproche.)—¡Calla!

LUCAS.—¿Te parece triste? A mí, no. Este es mi oficio. No sé ya otro. A muertos y a vivos he de procurar el descanso de sus cuerpos.

ARNUT. (Inquieto.)—Pero no serían muchos los que asistieran.

LUCAS.—Miles, Arnut. No se puede andar entre los muertos sin su compañía.

NOEMÍ. (Santiguándose.)—Requiem aeternam...

ARNUT. (A LUCAS.)—Ha de hacerse todo con la mayor prudencia. No te oculto mi inquietud. Cuando el pueblo parecía apaciguado, esto de la muchacha y sus prodigios ha vuelto a irritarlo. Será una santa con los siglos —eso Roma lo dirá—, pero es una mujer repudiada.

LUCAS.—Roma no dirá nada, Arnut. Aunque pasen mil años. Jezabel no ha hecho prodigio alguno. Si lo que os falta es invención para de nuevo perseguirnos, re-

anudad la persecución sin más palabras vanas. "¡Maldito seas!", dijo el profeta, y eso bastó.

ARNUT.—Bajo ya al pueblo. He de comunicar a la Junta que aquí os he reunido.

NOEMÍ.—Falta Lorenzo.

ARNUT.—También de eso me ocupo.

(ARNUT se va por el fondo. LUCAS vuelve a mirar el lugar que ocupó la horca.)

LUCAS. (*Tras una pausa.*)—Si el villano se tornare repudiado, dice el Fuero, no sea admitido por los vecinos en parte alguna, sino que le hagan casa fuera de las eras, donde lo tuvieren por bien. (*A las mujeres.*) Aquí nos han traído y esta es ahora nuestra casa.

NOEMÍ.—La clemencia del cielo nos cobija en el estío, pero luego vendrán los días del invierno.

LUCAS.—Tendremos leña para calentarnos.

NOEMÍ.—No nos darán licencia.

LUCAS.—Madera aquí no falta, buenas tablas de pino cepilladas. La horca se llevaron, cierto. Era una gran hoguera.

JEZABEL.—Bajar la vimos por el risco.

LUCAS.—¡Buen barco sin velas! Resistió el embate de las piedras. Orgulloso puede estar el que la hizo.

NOEMÍ.—Tarda Lorenzo.

LUCAS.—Todo tarda. El tiempo no pasa por el valle. Hace miles de años que esperamos.

JEZABEL. (*Canta suavemente.*)—Por el camino llegará la buena nueva. — Si el que llega, llegare, no la trajera, — yo seguiré en la espera.

(*Del pueblo suben ARIZ y MUGARI, seguidos del grupo de los vecinos y, entre éstos, ERRAZU y EL OTRO LEÑADOR. Todos se detienen detrás de los muros.*)

ARIZ.—Tú, Errazu, mírala bien. (*Señala a JEZABEL.*) ¿Es la misma?

ERRAZU. (*Después de mirarla.*)—La misma.

(ARIZ entra en el recinto. También MUGARI y los leñadores. Los vecinos quedan al otro lado de los muros.)

ARIZ. (*A JEZABEL.*)—Y tú, muchacha, ¿reconoces a éste?
(*Una pausa.*) Responde.

JEZABEL. (*Con timidez.*)—Nunca le vi.

ERRAZU.—¿Que no me viste nunca? (*A MUGARI.*) ¿La oyes? (*A JEZABEL.*) En el camino alto te encontramos, el día que llegaste.

ARIZ.—¿Venía sola?

ERRAZU.—Eso nos pareció.

OTRO LEÑADOR.—Soulet, el buhonero, estaba allí también, sentado en una piedra..

MUGARI.—Ese está en todas partes. Todas las piedras le conocen.

JEZABEL.—Me acompañaba el buhonero.

ERRAZU.—¡Ah! ¿Lo recuerdas?

JEZABEL.—A él, sí.

ERRAZU.—¿Y a nosotros?

JEZABEL.—Ahora también os reconozco. Había poca luz. Me disteis mucho miedo.

ERRAZU.—Sin motivo, si en paz tenías la conciencia.

OTRO LEÑADOR.—Poco miedo sería cuando tan decidida vos hablastes.

ARIZ.—¿Qué os dijo?

ERRAZU.—Nos preguntó por un hombre, por un tal Lorenzo.

LUCAS.—El tal Lorenzo es mi hijo, Errazu.

ERRAZU.—Bien os conozco a todos.

LUCAS.—Podrías, pues, hablar con claridad, sin velar intenciones.

ERRAZU.—Con claridad hablo: nos preguntó por un hombre en aquel despoblado.

JEZABEL.—Era mi prometido. Aguardaba el encuentro.

ARIZ.—¿Sola? ¿Sin familia?

LUCAS.—La muchacha me fue confiada.

ARIZ.—¿Tienes documento que lo fie?

LUCAS.—Ninguno tengo.

ARIZ. (*Con ironía.*)—Ya. Olvidaba que eras hombre que nunca lo precisa.

ERRAZU.—Nosotros somos leñadores. No tenemos que regir al barrio, pero no hubo forastero que ~~podiera entrar~~ en comunidad sin motivo alegado.

LUCAS.—Venía a casarse la muchacha. ¿Qué mejor alegato?

OTRO LEÑADOR. (*Violento.*)—¡Estáis contados los del barrio! ¡No, cabe uno más!

LUCAS. (*Señalando el recinto.*)—Mi casa es amplia. Poco espacio ocupa la muchacha.

OTRO LEÑADOR.—¿Te burlas?

ARIZ. (*A LUCAS.*)—Hemos de pensar, de todos modos, que fue certera tu elección. No ibas a elegir mujer de los caminos para mezclar su sangre con la tuya.

LUCAS. (*Después de pensarlo.*)—No. Conozco a los padres, a ella la he visto crecer. Pero ni la sangre de los suyos, ni la nuestra temen el mal contagio. Somos la última sangre, la más sucia. Podría mezclarse con tra sangre innoble, sin mayor daño.

ARIZ.—¡Lucas!

LUCAS.—¿Qué has querido decirme? ¿Que he de velar por la pureza de los míos? ¿No somos los viles, los impuros?

ARIZ.—La ley moral es una para todos.

LUCAS.—¿Qué ley moral? ¿La que nos prohíbe recoger el fruto, pero nos obliga a hacer las plantaciones? Cuatro árboles hemos de plantar cada uno, en cada estación, para provecho vuestro. De las alimañas nos libramos con las manos. Ni para defendernos en el monte podemos llevar armas. Castrados nos llamáis porque quisiérais extinguirnos. Con cincuenta ducados de plata castiga la Junta a quien nos dé trabajo. ¿De qué ley moral me hablas?

MUGARI. (*A los vecinos.*)—¿Lo habéis oído? El mismo se condena.

ARIZ. (*A LUCAS.*)—Al Consejo darás confirmación de cuanto has dicho.

LUCAS. (*Encogiéndose de hombros.*)—Nada oírás que ya no sea.

UN VECINO. (*Detrás de los muros.*)—Nos ordenaste subir de nuevo, Ariz. Otras acusaciones ha de oír.

LUCAS.—¿De qué me acusáis vosotros?

UN VECINO.—A ti no, a la muchacha. Fuera del recinto andaba cuando pasamos de retirada.

JEZABEL.—No íbais de retirada. Vinísteis del pueblo.

UN VECINO. (*Sin oírlo, señalando a la barraca.*)—Al vernos, aprisa se entró ahí, sin que la puerta abriera para entrar. Mañas de brujería.

ARIZ.—¿Qué dices?

UN VECINO.—Mudos nos quedamos. Te digo que la puerta no abrió, pero dentro estaba.

LUCAS.—¿Cómo lo sabes?

UN VECINO.—Porque volvió a salir, sin que tampoco abriera. Entraba y salía como el aire por entre los maderos, pero con mucha luz. Todos lo vimos.

LOS DEMÁS VECINOS.—¡Todos!

UNA VECINA.—Las manos le brillaban más. (JEZABEL, *instintivamente, las oculta.*)—¡Mira cómo las esconde!

ARIZ. (*A JEZABEL.*)—Muéstrame tus manos. (JEZABEL *vacila. Las muestra luego con temor. ARIZ las examina, sin tocarlas.*) Son muy blancas tus manos.

LOS VECINOS.—¡Es la luz! ¡La luz!

ARIZ.—Demasiado blancas. Pero no brillan.

OTRA VECINA.—¡Poder tiene para mudarlas a tus ojos, que no a los nuestros!

LUCAS.—Ven conmigo, Jezabel. (*Le coge las manos.*) Frías están. Poco fuego debe de haber en ellas. (*A los vecinos.*) ¿Qué queréis de la muchacha?

MUGARI.—No has de ser tú quien interrogue. (*A los vecinos.*) ¿Qué queréis?

UN VECINO.—¡Queremos que no nos dañe con sus artes! Por eso la acusamos.

MUGARI. (*Tras una pausa.*)—¿Qué dices, Ariz?

ARIZ.—Para lo que demandan los vecinos no somos juzgadores. Otros más altos tendrán que escucharles.

UN VECINO.—¡Atada has de llevarla, bien sujetas las manos, o nuevos males nos vendrán!

ARIZ.—Mayor será el castigo. Volved ahora al pueblo, sin más alboroto. El Santo Tribunal os oirá en su día.

(Se hace un silencio. ERRAZU, el leñador, y los vecinos salen de escena. JEZABEL y NOEMÍ vuelven a sentarse a la puerta de la barraca.)

LUCAS.—Escúchame, Ariz: encerrados estamos en nuestras culpas. No podremos salir de ellas.

ARIZ.—Pronto seréis juzgados.

LUCAS.—Volveréis a encerrarnos en nuestra gran miseria. Cercados nos tenéis por todas partes.

ARIZ.—Vuestras fueron las culpas, y no nuestras.

LUCAS.—Todas las culpas. De ninguna nos libramos.

ARIZ.—Tú, Lucas, no eres hombre de leyes, pero sí de buen entendimiento. No ignoras que hay un orden desde antiguo, bueno o malo, que todos respetamos. Este orden establece que haya dos clases de personas: los vecinos del pueblo y los habitantes del barrio. Así ha sido siempre. ¿Por qué te empeñas, por lo tanto, en reclamar unos derechos que nadie te ha ofrecido?

LUCAS.—Tienes razón. Ciego estaba. ¿Qué debo hacer?

ARIZ.—Mañana la muchacha prestará declaración ante la Junta. Tú la acompañarás.

LUCAS.—Iré.

ARIZ.—Si resultas hubiere, o nueva acusación de los vecinos, pasará lo actuado al Consejo.

LUCAS.—Y el Consejo lo pasará al Santo Tribunal.

ARIZ.—Si fuere el caso.

LUCAS.—Podremos llegar así hasta el Emperador.

ARIZ.—Ancho es el camino de la Justicia.

LUCAS.—Y largo.

ARIZ.—Abreviaremos los términos.

LUCAS.—Mientras tanto, la boda podrá celebrarse.

ARIZ.—Si no hay impedimento.

LUCAS.—Lo habrá, Ariz.

ARIZ.—Yo también lo temo.

LUCAS.—Estoy seguro de que lo habrá. Puesta en entredicho la fe de la muchacha...

ARIZ.—Habrá que esperar limpia sentencia.

LUCAS.—Eso es lo que haremos: esperar. La muchacha cantaba cuando t  llegaste...  C mo era, Jezabel? (JEZABEL rompe a llorar.) Ya ves: llora de alegría.

ARIZ.—Tienes humor extraño, Lucas. Ocultas entre bromas lo que piensas.

LUCAS.—En la Galia, de donde dicen que venimos, nos llaman "gahets", que en romance quiere decir hipócritas.

ARIZ.—Eso será.

LUCAS.—También nos llaman "perros godos".

ARIZ.—S ; un día pod is morder, si no se os ata.

LUCAS.—Atados ya estamos, Ariz.

ARIZ.—No hay ligadura para el hombre.

LUCAS.—Pero sí para los perros.

ARIZ.—Aquí os qued is. Te espero mañana. Con la muchacha.

LUCAS.—S , pasaremos aquí la noche. Bien atados.

(Salen ARIZ y MUGARI.)

NOEMÍ.— Dormir aquí, sobre esas tablas negras!  Por qué, Lucas?

LUCAS.—Porque aún nos dejan dormir.

NOEMÍ. (*Inquieta.*)—Lorenzo no ha subido. Puede estar en peligro.

LUCAS.—Todos estamos en peligro.

NOEMÍ.— Qu  hicimos?  Por qué nos han traído a esta soledad?

LUCAS.—Porque nos tienen miedo, Noemí.

NOEMÍ.— A nosotros?

LUCAS.—T  no lo comprendes, ni ellos tampoco, pero el peligro está en todos los hombres, porque es su propia sangre. Si un día abandonáramos el barrio, para siempre, ellos no vivirían más tranquilos.

NOEMÍ. (*Esperanzada.*)— Y si lo abandonáramos, Lucas?

LUCAS.—Sería condenarlos. No. El hombre está sujeto a la tierra, que le necesita. Tiene que pisarla cada día, hasta que se oigan sus pasos.

NOEMÍ.—Lorenzo no vendrá esta noche. Tú irás mañana al pueblo con Jezabel. Me quedaré sola.

LUCAS.—Solos estamos.

(*Por detrás de los muros aparece SOULET.*)

SOULET.—¿Tiene acogida el buhonero?

JEZABEL. (*Corriendo a su encuentro.*)—¿Soulet!

SOULET.—Si sabes mi nombre es que no me olvidaste.

JEZABEL.—No podría olvidarte.

SOULET.—¿Tan buena fue mi compañía? (*A los padres.*)

Que volvería pronto prometí. Voy ya de regreso.

LUCAS.—¿Pasastes por el pueblo?

SOULET.—Sí. Allí supe dónde encontraros.

NOEMÍ.—¿Vistes a nuestro hijo?

SOULET.—En el barrio no entré. Cerrado lo tienen.

NOEMÍ.—Del barrio salió, sin oír consejo.

SOULET.—Yo lo hubiera escuchado.

LUCAS.—¿Por qué?

SOULET.—La horca está en el camino. Mal encuentro para el caminante.

LUCAS.—Lorenzo no es caminante, como tú. Ha visto hacer la horca y no le asusta.

SOULET. (*A JEZABEL.*)—Marido sin miedo tendrás. Buen compañero.

JEZABEL.—No nos dejan casarnos.

SOULET.—No dices verdad. Es invención para negar el trato.

JEZABEL.—No llevo puesto tu collar.

SOULET.—Lo tendrás guardado. Vengo por el pago.

JEZABEL.—Nada aquí tengo.

SOULET.—¿Es cierto, Lucas?

LUCAS.—Nada podemos ofrecerte en estas soledades. Ni siquiera la horca.

(*Riñen los dos hombres.*)

NOEMÍ.—Reís sin deseo de reír. No me engaña vuestra risa.

LUCAS. (A SOULET.)—Está inquieta por la tardanza de Lorenzo.

NOEMÍ.—Pronto será de noche. No verá el camino.

SOULET.—Si no le asusta lo que ve, no le asustará lo que no ve.

(*Rien de nuevo.*)

NOEMÍ.—¿Qué es lo que me ocultáis? ¿Por qué fingís conmigo?

LUCAS.—Pensaba en el viaje de Soulet. Hacia sus tierras. Hacia las tuyas, Jezabel. (A SOULET.) De noche harás también el viaje.

SOULET.—He de alejarme pronto. Eso me ordenaron.

LUCAS.—No verás el camino, pero a ti tampoco te verán porque la noche será oscura.

SOULET.—Ni a mí, ni a quien me acompañara. Iríamos bien ligeros. Fatiga más el caminar a solas.

LUCAS.—Saldríais del valle antes que la luna por los cielos.

SOULET.—Con buen andar, y sin descanso.

LUCAS.—¿Quién puede descansar con la alegría del regreso?

NOEMÍ.—¿De quién hablas, Lucas?

LUCAS. (*Señalando a JEZABEL.*)—Ella lo sabe.

JEZABEL.—No quiero abandonaros.

LUCAS.—No lo quieres, pero así lo harás. A mí fuistes encomendada. Me debes obediencia hasta tu boda.

JEZABEL.—¿Y Lorenzo?

LUCAS.—Al amanecer, cuando estés fuera del valle, busca con la luz del día un lugar en que esperarle.

JEZABEL.—¿Por qué no esperarle ahora?

LUCAS.—Porque él acaso tarde y eres tú la que está en peligro. Soulet lo sabe, y por eso vino.

SOULET.—Algún rumor oí en el pueblo, pero yo sólo vine a despedirme.

LUCAS. (A JEZABEL, *por el buhonero.*)—Es también un "gahet", y a él no es necesario decírselo en romance. (A SOULET.) ¿Qué decides?

SOULET.—Me llevaré conmigo a la muchacha. Así me aseguro el pago.

LUCAS. (*Riendo.*)—Jezabel conoce ya el camino. No le darás alcance. (*A NOEMÍ.*) Ha de irse ahora, sin tardanza.

(*NOEMÍ lleva a JEZABEL al interior de la barraca.*)

SOULET. (*Tras una pausa.*)—Me quedaría contigo.

LUCAS.—¿Para qué?

SOULET.—Para acompañarte.

LUCAS.—No. Quisiera estar más solo todavía.

SOULET.—Supe también de Lorenzo.

LUCAS.—¿Qué oistes?

SOULET.—A la iglesia fue en demanda de la boda. Abierta está para todo buen cristiano, le dijeron. Pero al salir, en la calle, le apedrearon.

LUCAS.—¿Le hirieron?

SOULET.—No. Se refugió en el barrio. En casa de María de Lanz.

LUCAS.—Dime, Soulet, ¿somos buenos cristianos, dignos de recibir los Sacramentos?

SOULET.—De tibios nos acusan.

LUCAS.—Y hasta la fe nos niegan. La muchacha será mañana denunciada.

SOULET.—Lo oí también. (*Con intención.*) Por eso vine a despedirme.

LUCAS. (*Sonriendo.*)—¡Ah, "gahet"!

(*Sale NOEMÍ.*)

NOEMÍ.—Pronta está Jezabel. Poco trajo, y nada se lleva.

LUCAS.—Tú la acompañarás.

NOEMÍ.—¿Yo?

LUCAS.—Presentarás a los padres nuestras excusas. Harás relato de lo sucedido. No pudimos casarla. (*Con leve sarcasmo.*) No nos fue permitido ofrendarle el manto de piel, ni la mula enjaezada, ni siquiera 'a sierva mora con su vaso de plata. Todo nos fue re-

chazado. Somos los villanos, los últimos villanos. Les devolvemos la muchacha con las manos vacías.

NOEMÍ.—Grande es nuestra afrenta.

LUCAS.—Me reconozco deudor. Pero en prueba no podré entregar mi espada. No la tengo. Hice mis herramientas de su hoja.

NOEMÍ.—Hemos de dar satisfacción, pero dejarte ahora...

(JEZABEL aparece en la puerta.)

LUCAS. (*Por JEZABEL.*)—No ha de llegar sola ante los suyos.

JEZABEL.—Sola vine, Lucas.

LUCAS.—Será mejor que Noemí te acompañe.

(NOEMÍ vuelve a entrar en la barraca.)

JEZABEL.—Sí, será mejor, porque Lorenzo no irá a buscarme. No irá a buscarme nunca.

LUCAS.—¿Por qué lo dices?

JEZABEL.—Porque sé lo que me ocultáis, por qué queréis alejarme de aquí.

LUCAS.—Nada sabemos de Lorenzo.

JEZABEL.—Yo sí. Lo han matado en el pueblo.

LUCAS.—¿Qué has dicho?

JEZABEL.—Lo he comprendido de pronto, ahí dentro, entre las cajas negras. Una es para él. Podría decirte la que elegirás.

LUCAS.—¿Jezabel!

JEZABEL.—Un muerto vi.

LUCAS. (*Cogiéndola por los brazos.*)—¿Jezabel, no creo en tus prodigios! No he creído nunca.

JEZABEL.—No hay prodigio en lo que digo.

LUCAS.—Prodigio sería el ver lo que no has visto.

SOULET. (*Desdeñoso.*)—¿Son sus fantasías! No hemos de oírlos, Lucas.

LUCAS. (*Con severidad.*)—No ha de oírlos Noemí.

JEZABEL.—Callada iré por el camino.

SOULET.—No sabré reconocerte.

JEZABEL.—Pero es una caja negra, la mayor.

(NOEMÍ aparece de nuevo, dispuesta para la marcha.)

LUCAS.—La noche cerró. Andad. Que Dios os guíe.

NOEMÍ.—¿Cuidarás de Lorenzo?

LUCAS.—Todos estáis a mi cuidado.

SOULET.—Ahora al mío, si me seguís.

JEZABEL. (A LUCAS.)—Dime que no me has engañado.

LUCAS.—Sí te engañé.

JEZABEL.—Entonces, Lorenzo...

LUCAS.—No irá a buscarte mañana, si con él puedo hablar. Irá esta noche.

(La besa. Salen SOULET y NOEMÍ.)

JEZABEL.—¡Me gustaba ser tu hija!

(Sale también JEZABEL. LUCAS los ve irse. Luego, rápidamente, se dirige a la barraca. Cierra la puerta y guarda la llave. Al disponerse a salir del recinto, LORENZO salta la cerca y le detiene.)

LORENZO.—¡Padre!

LUCAS.—¡Lorenzo! A buscarte iba.

LORENZO.—Logré salir del barrio.

LUCAS.—Bien hicistes en venir. Esta es ahora nuestra casa.

LORENZO.—Pero en el camino me acechaban. Era un grupo y hubo reyerta.

LUCAS.—¿Grave?

LORENZO.—Todos me golpearon. Con una piedra me defendí. Cayó uno herido.

LUCAS.—¿Lo mataste?

LORENZO.—No lo sé. Quedó en el camino. Los demás corrieron hacia el pueblo, gritando. Dieron la alarma. Pronto subirán.

LUCAS.—No, no vendrán aquí. Pensarán que de nuevo te escondiste en el barrio. Allí te buscarán primero.

LORENZO.—¿Qué debo hacer, padre?

LUCAS.—Huye del valle. Por el camino va Jezabel. Le dije que te reunirías con ella.

LORENZO.—¿Adónde va?

LUCAS.—A otras tierras. Os iréis juntos. Un día volveréis. Cuando ocurra de verdad el milagro.

LORENZO.—¿Qué milagro?

LUCAS.—Cuando no tengamos que avergonzarnos de ser hombres. Vete ya. Jezabel te espera.

(Sale LORENZO. LUCAS abre la barraca, entra en ella y arrastra en el interior un ataúd negro, que queda asomando en la puerta. Por el fondo de la escena llega ARNUT.)

ARNUT.—¿Tuviste ya noticia del suceso?

LUCAS.—Sí.

ARNUT.—Con rapidez llegó a estas alturas.

LUCAS.—Ya ves, estoy preparado: una caja negra. La mayor.

ARNUT.—¿Quién pudo hablarte del muerto?

LUCAS.—Jezabel. Lo vio con sus ojos.

ARNUT.—¿Jezabel? ¿Estaba con Lorenzo?

LUCAS.—No. Pronto estará con él.

ARNUT.—No entiendo lo que dices. (*Mira en el interior de la barraca.*) ¿Dónde están las mujeres?

LUCAS.—¿A qué ocuparnos de ellas? Sólo pienso en Lorenzo.

ARNUT.—Lo buscan ya. Si no aparece pronto, arderá el barrio entero.

LUCAS.—Habrá que impedirlo.

ARNUT.—Pero, ¿no sabes lo ocurrido? Han matado a un hombre.

LUCAS.—No lo sabía.

ARNUT.—¿Para quién preparas, entonces, esa caja?

LUCAS.—Para mí la preparo.

ARNUT.—¿Para ti?

LUCAS.—Escucha, Arnut. Todos se fueron. Yo les di libertad: a Noemí, a Jezabel...

ARNUT.—¿Hiciste eso? ¿Contra la orden recibida?

LUCAS.—A Lorenzo también. Contra todas las órdenes.

ARNUT.—Lorenzo fue el causante de la muerte.

LUCAS.—Quizá no lo fue. De todas maneras estamos los dos solos. Tú eres la ley y yo soy el delito. Al menos así lo vemos en esta noche del mundo.

ARNUT.—Pero tu delito es muy grave.

LUCAS.—(Señalando la caja.) Te digo que estoy preparado. Son otros ahora mis pensamientos. Porque la libertad de los que se fueron, según me dices, puede tener un precio más alto: la vida de los que se quedaron. No es justo. Hemos de ir al pueblo.

ARNUT.—Te matarán.

LUCAS.—Eso es lo que quieren: un muerto más. Quieren siempre lo mismo. Porque esta noche del mundo, Arnut, dura desde que la tierra fue creada y durará por muchos siglos venideros. A veces parece iluminarse, pero es para alumbrar los nuevos muertos. (Se oye lejos el griterío de una multitud. El cielo se tñe de rojo.) ¡Mira, se ilumina!

(LUCAS contempla el cielo un instante. Luego, encogiéndose de hombros, se encamina hacia el pueblo, seguido de ARNUT. Sobre el cielo se proyecta la sombra de la horca.)

TELÓN

COLECCION TEATRO

EDICIONES ALFIL

Todo el Teatro Contemporáneo en edición de bolsillo

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

371. *Los derechos del hombre*, de Alfonso Paso.
372. *Academia de baile*, de Jaime de Armiñán.
373. *Doña Clarines*, de S. y J. Alvarez Quintero.
374. *Sosteniendo el tipo*, de Alfonso Paso.
375. (Extra.) *La muerte da un paso atrás y Pánico en el hotel*, de H. Ruiz de la Fuente.
376. *Los acreedores*, de August Strindberg. (Versión libre de Alfonso Sastre.)
377. *La corbata*, de Alfonso Paso.
378. *La razón del poder o El dictador*, de Manuel de Heredia.
379. *El cianuro... ¿solo o con leche?*, de Juan J. Alonso Millán.
380. (Extra.) *Los gauchos de Tenerife o La conquista de Canarias*, de Lope de Vega. (Versión libre de Claudio de la Torre.)
381. *De profesión: sospechoso*, de Alfonso Paso.
382. *Una cigüeña bromista*, de André Roussin.
383. *Champagne Complex*, de Leslie Stevens.
384. *Te quiero, te adoro*, de Enrique Suárez de Deza.
385. (Extra.) *Antony*, de Alejandro Dumas.
386. *El hombre que se vestía de perro*, de Albert Bich y William H. Wright.
387. *Medea*, de Eurípides. (Versión de Alfonso Sastre.)
388. *Un hombre duerme*, de Ricardo Rodríguez Buded.
389. *Catalina no es formal*, de Alfonso Paso.
390. (Extra.) *El mejor mozo de España*, de Alfonso Paso.
391. *Las campanas de medianoche*, de André Obey.
392. *Bandera negra*, de Horacio Ruiz de la Fuente.
393. *Nápoles Millonaria*, de Eduardo de Filippo.
394. *Alcoba nupcial*, de Jan de Hartog.
395. (Extra.) *Los melindres de Belisa*, de Lope de Vega.
396. *El charlatán*, de Ricardo Rodríguez Buded.
397. (Extra.) *Mi marido no me entiende*, de Juan Vaszary.
398. *El río se entró en Sevilla*, de José María Pemán.

399. (Extra.) *Un 30 de febrero*, de Alfonso Paso.
400. (Especial extra.) Número homenaje a los hermanos Alvarez Quintero. *El genio alegre, Las de Caín y Cinco lobitos*. (40 pesetas ejemplar.)
401. *La barca sin pescador*, de Alejandro Casona.
402. *¡Mátame y te querré siempre!*, de Adrián Ortega y Francisco Sanz.
403. *La herida luminosa*, de José María Sagarra.
404. *Susana quiere ser decente*, de Jorge Llopis Establier.
405. (Extra.) *Los árboles mueren de pie*, de Alejandro Casona.
406. (Extra.) *Vivir es formidable*, de Alfonso Paso.
407. (Extra.) *Los mal amados*, de François Mauriac.
408. (Extra.) *Aventura en lo gris*, de Antonio Buero Vallejo.
409. (Extra.) *Las mujeres los prefieren pachuchos*, de Alfonso Paso.
410. (Extra.) *Aprobado en inocencia*, de Luis Peñafiel.
411. (Extra.) *Sí, quiero*, de Alfonso Paso.
412. (Extra.) *Mulato*, de Langston Hughes. (Versión de Alfonso Sastre.)
413. (Extra.) *Diálogos de un hombre solo*, de Carlos Llopis.
414. (Extra.) *Los Palomos*, de Alfonso Paso.
415. (Extra.) *La bella Dorotea*, de Miguel Mihura.
416. (Extra.) *El niño de los Parker*, de A. Hart y M. Braddell.
417. (Extra.) *Juegos de invierno*, de Jaime Salom.
418. (Extra.) *Los verdes campos del Edén*, de Antonio Gala.
419. *Los monos gritan al amanecer*, de José María Pemán.
420. (Extra.) *La pareja*, de Jaime de Armiñán.
421. (Extra.) *Casa de muñecas*, de Henrik Ibsen.
422. *Veraneando*, de Alfonso Paso.
423. *El amor tiene su aquel*, de Carlos Llopis.
424. *Macbeth*, de William Shakespeare.
425. (Extra.) *La vida con papá*, de Howard Lindsay y Russell Crouse.
426. *Hasta llegar a entenderse*, de Tennessee Williams.
427. *Micaela*, de Joaquín Calvo Sotelo. (Inspirada en un cuento de Juan Antonio de Zunzunegui.)
428. *Proceso a cuatro monjas*, de Vladimiro Cajoli.
429. *La dama del mar*, de Henrik Ibsen.
430. (Extra.) *Nos venden el piso*, de Alfonso Paso.
431. *El sucesor*, de Fernando Vizcaino Casas.
432. *La Atareada del Paraíso*, de José María Pemán.
433. *La casa sobre el agua*, de Ugo Betti.
434. *Telia de Montrex*, de Adrián Ortega.
435. (Extra.) *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca.
436. *Cuando el gato no está...*, de Paul Vandenberghe.
437. *Fedra*, de Jean Racine.
438. *Alejandro*, de Terence Rattigan.

439. *La hermosa fea*, de Lope de Vega.
440. (Extra.) *Viviendo en las nubes*, de Alfonso Paso.
441. *Proa al sol*, de Angel Lázaro.
442. *El increíble señor Pennypacker*, de Liam O'Brien.
443. *Gorrión*, de Alfonso Paso.
444. *Vivamos un sueño*, de Sacha Guitry.
445. (Extra.) *El cerezo y la palmera*, de Gerardo Diego.
446. *Alarma*, de José A. Giménez-Arnau.
447. *Otra vez el diablo*, de Alejandro Casona.
448. *La ciudad no es para mí*, de Fernando Angel Lozano.
449. *Carmelo*, de Juan José Alonso Millán.
450. (Extra.) *La noche de la iguana*, de Tennessee Williams.
451. *Prefiero España*, de Alfonso Paso.
452. *Las salvajes en Puente San Gil*, de José Martín Recuerda.
453. *El baúl de los disfraces*, de Jaime Salom.
454. *Guapo, libre y español*, de Alfonso Paso.
455. (Extra.) *El arte de amar*, de Jaime de Armiñán.
456. *La condesa Laurel*, de Joaquín Calvo Sotelo.
457. *El Carrusell*, de Víctor Ruis Iriarte.
458. *Tarta de manzana*, de Enrique Bariego.
459. *Muy alto, muy rubio, muy muerto*, de Keith Luger y Gil Albers.
460. (Extra.) *De pronto, una noche*, de Alfonso Paso.
461. (Extra.) *Esta noche, tampoco*, de José López Rubio.
462. (Extra.) *Ninette y un señor de Murcia*, de Miguel Mihura.
463. *Mamá con niña*, de Alfonso Paso.
464. *Nunca es tarde*, de José López Rubio.
465. (Extra.) *Los peces gordos*, de Alfonso Paso.
466. *Un domingo en Nueva York*, de Norman Krasna. (Versión de José López Rubio.)
467. *Sicoanálisis de una boda*, de Fernando Vizcaíno Casas.
468. *La tercera palabra*, de Alejandro Casona.
469. *La fiebre de junio*, de Alfonso Paso.
470. (Extra.) *Tres papás para Totó*, de Jean de Letraz. (Versión de Adolfo Lozano Borroy.)
471. *¡Miles de payasos!*, de Herb Gardner. (Versión de Carlos Muñiz.)
472. *Esquina peligrosa*, de John B. Priestley.
473. *El crimen al alcance de la clase media*, de Juan José Alonso Millán.
474. *Elena para los miércoles*, de Muriel Resnik.
475. (Extra.) *El cerco*, de Claudio de la Torre.
476. *Gabriela y sus maridos*, de Ernst Vajda. (Versión de Adolfo Lozano Borroy.)



CLAUDIO DE LA TORRE Y MILLARES

Nació en Las Palmas de Gran Canaria. Es antiguo alumno del Brighton College (Inglaterra) y de la School of Practical Engineering (Crystal Palace, Londres). Cursó estudios en las Universidades de Madrid y Sevilla, licenciándose en Derecho. Primer lector de español en la Universidad de Cambridge (Inglaterra).

Perteneció a la "Paramount Films" como director y guionista de películas, habiendo dirigido también películas en España. Durante seis años dirigió el teatro nacional María Guerrero, y ha obtenido el Premio Nacional de Dirección Escénica, la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes de Madrid, del cual es socio honorario, y la "Palma de Oro de Literatura", de la ciudad de Las Palmas. En la actualidad es director honorario del Museo del Teatro de Madrid.

Ha obtenido dos veces el Premio Nacional de Literatura, por su novela *En la vida del señor Alegre* y por su comedia *El río que nace en junio*.

Tiene publicados varios libros de novelas, cuentos, ensayos y poemas y ha estrenado numerosas obras de teatro, entre las que se encuentran *Hotel Términus*, *Tren de madrugada* (Premio Piquer, de la Real Academia Española), *En el camino negro*, *El collar* (Premio del teatro I de Madrid), *La Cortesana* (Premio Ciudad de Barcelona), *La caña de pescar* y *El cerco*, que publicamos en este lumen.

Ha estrenado, asimismo, varias adaptaciones del teatro extranjero y las refundiciones de *La loca de la casa* Pérez Galdós, y *El hombre de mundo*, de Ventura de Vega. También una versión libre de la comedia de Lope de Vega *Los guanches de Tenerife* o *La conquista de Canarias*.

Podidos

EDITORIAL ESCALICER, S. A.

Número del 19 de Agosto, 6

Apartado 459-MADRID-1

Precio: 20 pesetas.